



FACULTAD DE COMUNICACIÓN

GRADO EN COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL

El gran desencanto

Trabajo Fin de Grado presentado por Sergio Acero Bartolomé, siendo el tutor del mismo M^a Jesús Orozco Vera.

Sevilla, a 4 de diciembre de 2015

Capítulo 1

Lejos de Mérida, los amigos de Elías caminaban de vuelta a casa tras una larga noche en la que el frenesí los acompañó a cada local que visitaron. La ebriedad acumulada de los jóvenes desaparecía al mismo ritmo que la oscuridad de la madrugada. El amanecer estaba próximo y la temperatura aumentaba, haciendo más intensa la influencia del sueño. Aun así, entre bostezo y bostezo, conversaban profusamente; quizás debido a la mística que rodeaba al tema en cuestión. Recordaban aquel instante en el que todos se encontraban escuchando a Elías hablar con excesiva excitación de una película -era esa su forma habitual de hacerlo con la mayoría de aspectos de la vida- que le había apasionado recientemente, y cómo éste interrumpió su discurso de forma brusca permaneciendo un largo instante mirando al absoluto vacío (al menos eso parecía). Al mismo tiempo, comenzó a morder su labio inferior con los dientes superiores, hasta que la sangre resbaló por su mandíbula y cayó en la mesa, como si se tratara de una cascada de los infiernos. Elías se dirigió al servicio para curarse y volvió como si nada. Sus amigos quedaron perplejos. Una poderosa fuerza dentro de Elías le impelió a silenciarse, tal fue la interpretación que dieron sus amigos al extraño gesto. Pero, ¿por qué las palabras de Elías debieron cesar de forma tan urgente? Sus amigos le interrogaron con insistencia en ese mismo momento y también posteriormente acerca de lo que pasó y el por qué de su nuevo comportamiento -pues en Elías se operó un cambio-. Lo más que obtuvieron sus amigos fue una triste excusa, y la ligera sospecha de que no había sido siquiera consciente en aquel momento. Así, Elías resultaba insondable, por lo que sus amigos abandonaron su intentona acostumbrándose al nuevo Elías. El nuevo Elías era excesivamente sosegado, callado, apenas exponía opiniones propias y nada quedaba de la vehemencia del de antes. Se sospechaba incluso de que parecía haber perdido la noción del tiempo. Estas características, que normalmente se asocian con la tristeza y la melancolía, no tenían nada ver con ellas, pues nadie afirmó nunca que Elías se había vuelto un chico triste. A los amigos, entonces, tan solo les quedaba hablar de las consecuencias de aquello, y no de la causa, pues si hubo alguna, la primera consecuencia fue la destrucción u olvido de la misma. Que a Elías se le olvidase entregar la inscripción en el curso de cine que tanto le ilusionaba, obligándose así a permanecer en Mérida -una ciudad cuyos rincones destilaban tedio-, era otra de las consecuencias que sus amigos relacionaban necesariamente, por ser inexplicable tal olvido. Los amigos de Elías habían llegado por fin al portal y subían las escaleras. De la borrachera solo quedaban los posos y el sueño era más intenso cuanto más cerca se encontraban de la cama. En la calle ya había amanecido, ellos se tumbaron sin tan siquiera desvestirse. Durmieron plácidamente hasta la tarde, en una ciudad lejos de Mérida...

Capítulo 2

Elías abrió los ojos al sentir un leve goteo sobre su rostro. Contempló el cielo enteramente despejado, donde el sol ardía desdibujando los horizontes, dando buena cuenta de la estación estival. El rabillo del ojo de Elías se llenó de un gris oxidado y, sin necesidad de girar su cuello, recordó donde se hallaba. Había pasado la noche en algún parque, tumbado en uno de sus bancos. Tampoco precisó mirar alrededor, tan sólo escuchar el sonido locomotor de los aspersores, para conocer la procedencia de las gotas. Se incorporó desperezándose, estiró la columna en un gesto felino y permaneció un par de minutos mirando el parquet, con la mente completamente en blanco. El olor a césped mojado le agradaba, porque era el mismo olor del campo de fútbol donde jugaba de pequeño, cuando éste había sido regado y, aunque en la mente en blanco de Elías no se había dibujado tal recuerdo asociativo, respiraba con intensidad para sentir todavía más aquel olor, hasta que a la décima inspiración ya no fue capaz de percibirlo, esfumándose para siempre. Tras levantarse y habiéndose estirado completamente, arribó por la pendiente parda y verdosa del parque al entramado urbano. En la actualidad, la parsimonia con la que caminaba Elías resultaba exasperante para cualquiera que alguna vez le acompañara; su cadencia al andar era arrítmica y brusca, su postura -ya que gozaba de gran altura- era desgarbada. Normalmente, la cabeza de Elías se orientaba al pavimento, lo que había provocado, tras su continuación en el tiempo, una leve curvatura de la espalda. Era Elías fácilmente distinguible en la distancia por tales andares. Caminaba continuamente, sin rumbo aparente, hasta que un destino aleatorio hacía aparición en su cabeza; entonces se erguía ligeramente hasta donde su columna le permitía y ampliaba la zancada, pareciéndose de esta manera a cualquier transeúnte que recorre una ruta determinada. Así, tras salir del parque y pasar cinco minutos caminando sin objeto, la secuencia descrita tuvo lugar en él, y enseguida comenzó a acelerar el paso. Recorrió las callejuelas de la ciudad refugiado bajo la sombra de los edificios. Atravesó la Plaza de España, que se encontraba monopolizada por el sol, donde repiqueteaban unas campanas anunciando una hora, que Elías desconocía, y que tampoco trató de averiguar. Cruzando el largo de la calle principal de la ciudad -o al menos así considerada en tiempos de más bullicio- se desvió por una paralela de la misma, subiendo su cuesta de pavimento antiguo. Se paró en seco frente a una cancela de hierro que resguardaba una puerta. La cancela se encontraba abierta y tiró de la manija de la puerta para comprobar si también lo estaba. Elías entró en la oscuridad matutina del bar.

"La Galería" era un bar extremadamente oblongo, sumido perpetuamente en la penumbra (tan solo disponía de una ventana, que rara vez se abría). En el lado izquierdo del bar aparecía una larga y pegajosa barra, frente a la cual, sentados en taburetes negros descolchados, se cuadraban cada noche los soldados de otro tipo de guerra. Al terminar ésta, y penetrando la profundidad del bar, una zona de menor altura albergaba tres mesas que solían ocupar los menos asiduos. En el fondo destacaba entre la penumbra una puerta

plateada, ésta conducía a un patio cuadrangular de paredes de cal muy estrecho donde se fumaba. Las paredes del patio tendrían una altura de cuatro metros; en la oscuridad de las noches, se tenía la sensación de estar dentro de un pozo al mirar el cielo. "La Galería" no era un bar propiamente animado, las noches se sucedían sempiternamente. Los mismos borrachos acudían siempre a la misma hora para su ración de Leteo. Ocasionalmente, alguna pandilla joven entraba perfumando el aire con olores ya olvidados para la mayoría -aunque tras un par de cervezas solían marcharse-. Quizá la pandilla de Elías fue una excepción. Él y sus amigos solían ir los fines de semana. Cuando ellos eran más jóvenes les atraía aquel antro, por esa belleza extraña que a veces posee la decadencia, como en el siglo diecinueve algún poeta seguramente visitó los peores tugurios de París buscando sordidez que le inspirara. Sin embargo, la realidad se impuso y sus almas animosas no se acompañaban -aún- con el latir pétreo del bar, por lo que dejaron de frecuentarlo.

De espaldas se encontraba Alberto, el propietario y único camarero, barriendo trozos de vidrio.

- Alguien de fuera pensaría que este es el bar con más marcha de la ciudad si te viera barrer tantos escombros- dijo Elías mientras se sentaba en un taburete.

Alberto se giró despacio, no parecía sorprendido, sonrió al ver a Elías. Alberto aparentaba cerca de cincuenta años. Era un hombre corpulento, de espalda ancha y tenía la panza que le corresponde a cualquier hombre que, con su edad, lleva un estilo de vida semejante. En su rostro, a pesar del desgaste de los años, unos mofletes querubines le restaban edad. Su sonrisa fingía vivacidad juvenil, la cual no casaba del todo bien con el cansancio que vertían sus ojos castaños. No tenía familia, vivía en un piso diminuto cerca del bar, su rutina estaba exenta de cualquier emoción -placentera o desagradable- fruto de los cambios. Por la mañana, limpiaba el bar y, desde la tarde hasta la noche, atendía las mismas caras. En el pasado, más de una vez Elías se había arrobado observando a aquel hombre, hasta que un sentimiento de ternura se despertaba en él. Ocurre, a veces, que la conmiseración nos muestra lo que creemos es la bondad de las personas y que es, por el contrario, la nuestra propia.

-¡Elías, muchacho! ¡Cuánto tiempo! -pronunciaba Alberto a la vez que se acercaba a Elías para estrecharle la mano-. La marcha, la marcha... si hubiera marcha en esta ciudad...

Elías estrechó la mano de Alberto y le dio ligeras palmadas en el costado.

-Bueno, muchacho, déjame que te invite a algo -propuso Alberto internándose en la barra-. ¡Eli, Eli!, me alegro de verte. ¿Qué quieres?

-Una jarrita Alberto -contestó Elías.

Alberto sacó del congelador una jarra escarchada y la colocó debajo del grifo. Alberto tiraba las cervezas con paciencia, con gran pericia. Elías miraba como coronaba la cerveza de espuma. Cuando tuvo por fin el vaso, dio un trago y bebió la mitad. Sintió calmar su

sed, pero apenas percibió los sabores propios de la cerveza. Siguió bebiendo sin decirle a Alberto que la cerveza que compraba ahora no sabía a nada; aunque la cerveza que compraba actualmente era la misma que cuando Elías acudía al bar con sus amigos.

-¿Dónde has estado metido, Eli? -preguntó Alberto-. Ha pasado bastante tiempo desde que no os veo.

-Me volví a Mérida cuando acabé la carrera, y aquí estoy desde entonces -dijo Elías-, los demás están por ahí; unos siguen estudiando, otros han encontrado curro y algunos hasta se han echado parienta.

-¿No me digas que el gordito...? -preguntó Alberto

jocosos. Elías negó con la cabeza.

-¿Y tú por qué no te echas una? -preguntó el camarero.

-Solo te puedo responder a la mitad -dijo Elías riendo

-Bueno, pues respóndeme entonces a una mitad -insistió Alberto mientras sonreía.

-Mmm... Creo que no tengo iniciativa.

-¿Cómo que crees?

-Pues que no tengo ni idea Alberto -contestó Elías.

-Entonces, ¿por qué leches lo dices? -preguntó el camarero

-Porque eso es lo que dice la mitad de las mujeres, por mi parte no he averiguado nada aún.

La respuesta hizo reír a Alberto.

-Anda qué... -Sonreía el camarero- Pues márchate como los otros, ¿no querías hacer cine? Siempre dabas el coñazo hablando de películas, parecías un loco. Estás en Mérida, chaval, ya sabes, aquí ni marcha ni tiempo. Que el tiempo pase muy rápido desde luego es una putada; pero... que parezca que no existe... eso, eso sí que es una mierda. Eso... Te digo yo que eso no tiene ná que envidiar a la muerte.

-Es cierto, ¡cuánto hablaba de cine!; por la mañana, por la tarde, hasta por la noche, borracho, daba el coñazo como tú dices -añadió Elías sonriendo también-. Casi hubiese parecido extraño no hablar de cine cada día.

Elías dio otro trago y terminó su cerveza; Alberto le arrebató la jarra, apresurándose a llenarla de nuevo

-Últimamente trabajo para sacar algunas perrillas... -dijo Elías.

-¿Si? Y, ¿qué haces?

-Bah, cualquier cosa. Curros de mierda donde te pagan una mierda y donde tienes que hacer algo más que una mierda, aunque no mucho más -Alberto prorrumpió en una carcajada -Lo hago, más que nada, por mis padres... para que vean que recibo dinero por haberme esforzado en algo... ya sabes... es un paripé sobre todo.

Alberto rehusó indagar más en la vida de Elías, comprendiendo que la inestabilidad o bien una extraña estabilidad imperaba en ella. No fingió alegrarse tampoco porque Elías encontrase trabajos eventuales, ya que hacerlo hubiese resultado ofensivo para Elías, quién siempre destacó por poseer una magnífica clarividencia. Alberto conocía todo esto y permaneció callado; sabía también que la incomprensible situación de Elías (su estancia en Mérida, la ausencia de ambición...) no se debía a un intelecto mermado -pues le pareció igual de lúcido que siempre-, sino a algo que no cualquier persona podría conocer. Continuaron en silencio largo rato, hasta que Elías acabó la segunda cerveza y se levantó del taburete para marcharse.

-Te agradezco las cervezas Alberto, pero he de marcharme- dijo Elías tendiendo la mano por encima de la barra.

-No hay de qué, muchachito, vuelve cuando quieras -respondió Alberto estrechando su mano y cubriendo cariñosamente el saludo con la que le quedaba libre.

Elías miró a Alberto, quién no soltaba su mano porque se había arrobado contemplándole. Elías se fijó en sus ojos, que seguían sin casar con la expresión de su boca, sin embargo, éstos no desprendían la habitual tristeza consecuencia del hastío. Era otro tipo de tristeza, de carácter compasivo y bondadoso, como la que solo pueden ostentar los ángeles ante la contemplación de algún infierno. Alberto por fin soltó la mano de Elías, sin embargo, seguía mirando a este último sumido en un indescriptible embelesamiento.

La intensidad del calor había aumentado notablemente en la calle, y en las chapas de los coches los rayos del sol se reflejaban originando flamígeros destellos. Elías se encaminó hacia el puente romano camino de su casa. El puente separaba la parte céntrica de la ciudad -y más antigua- de la zona comúnmente conocida como "el polígono" donde vivía Elías -construida en los años setenta como consecuencia del crecimiento de la población-. Elías supuso que debían ser las tres del mediodía, dado que el funcionariado salía en tropel de los edificios de la administración, deseoso de poblar las terrazas de aquellos bares donde con cervezas servían también tapas de grandes proporciones. Cruzar el puente con el sol del verano a las tres de la tarde, abarcándolo por completo, resultaba un calvario que inevitablemente debería sufrir, ya que Elías no tenía aún carnet de conducir y tampoco dinero para el bus. Como cualquier mártir que se precie, sufrió en soledad el calvario, no encontrándose a nadie en todo lo largo que era el puente. Se distraía mirando la argétea

agua para olvidarse del calor, que inflamaba su rostro. Cuando terminó el puente y llegó al "polígono", Elías buscó desesperadamente la sombra de los edificios y de los árboles en las aceras, en ellas se refugió hasta llegar a casa. Allí encontró a sus padres en la cocina comiendo.

-¿Hay algo para mí? -preguntó Elías.

-No sabíamos si vendrías y no te preparado nada, aunque sobró algo de la cena - contestó su padre señalando el horno.

Elías abrió el horno y sacó un plato llano cubierto por uno hondo, retiró este último, descubriendo un cuarto de tortilla de patatas y dos escalopes de jamón york y queso, ligeramente quemados. Elías pensó que, con eso, un poco de embutido y pan, podría saciarse; así que cogió el plato, los cubiertos, un surtido cutre de embutidos ibéricos, y agua y se sentó en la mesa. Tras organizar su espacio, levantó la cabeza, encontrándose con la mirada de su madre.

-¿Dónde has pasado la noche? -preguntó.

-En el parque del Alcazaba -respondió Elías.

-¿Con quién? -volvió a preguntar su madre.

-Solo.

-¿Has pasado toda la noche solo en un parque?

-Sí.

-¡Bravo hijo mío!

-¿No has dormido entonces? -intervino ahora su padre.

-Sí, en un banco, precisamente por eso he pasado la noche en el parque -dijo Elías.

-¿Qué cojones quieres decir? -insistió su padre.

-Pues que me senté en el banco porque tenía las piernas cansadas y me entró un sueño de la ostia. Me tumbé entonces para descansar un rato y me quedé frito -Elías comía mientras daba las explicaciones.

-Pero... ¿tú no comprendes que aquí tienes una cama para dormir? -preguntó su madre.

-Sí, claro que lo comprendo.

-¿Entonces?

-¿Qué?

-Que si lo comprendes, ¿por qué no has dormido aquí?

-Creo que ya lo he dicho... Porque si me quedo dormido en un banco no puedo hacerlo aquí, incluso comprendiendo lo de la cama -contestó Elías sin dejar de mirar el plato.

-Podrían haberte hecho cualquier cosa durmiendo en la calle... -dijo su madre.

-Sí, es cierto.

-¿Te cachondeas? -preguntó el padre cada vez más irritado.

-No, de ninguna manera.

-Y, ¡¿Por qué, si es cierto que no te cachondeas y comprendes todo, te quedas a dormir en un jodido parque?! -inquirió su padre gesticulando de tal forma que daba a entender que era la pregunta definitiva.

-Te digo que no era mi intención dormir en el parque, que me tumbé tan solo un momento, y comprender las dos cosas no impidió de ningún modo que me quedase dormido. Nada más. -contestó Elías con calma.

-No te entiendo Elías... de verdad que...

-Chssss!! ¡Callad! -interrumpió su madre indicando con la cabeza el televisor.

Lo que aparecía en la tele y llamó la atención de su madre era la cabecera del noticiario. A partir de ese momento, sus padres quedaron hipnotizados ante la sucesión de noticias espeluznantes. La conversación terminó. Elías se levantó, tras acabar uno de los san jacobos, dejando el otro en el plato.

-Me voy a mi cuarto, si no queréis lo que ha sobrado guardadlo para esta noche -dijo Elías.

Ninguno de sus padres contestó.

Se tumbó en la cama fijándose en la puerta de su cuarto, en la que había pegada -en la parte interior- una fotografía, de no pequeño tamaño, de Lauren Bacall. En el pasado, Elías sentía verdadera devoción por la actriz, idealizándola hasta rayar lo obsesivo. Y, aunque actualmente dicha devoción no existía, Elías no había retirado la fotografía y seguía contemplándola diariamente; quizás porque, sin ser consciente de ello, la mirada excepcional de Lauren Bacall representaba en su vida el único -aunque extremadamente difuso- vestigio del amor. Bien es cierto que Elías sería incapaz tan siquiera de imaginar la vehemencia que infunde tal sentimiento, sin embargo, pasaba horas mirando la fotografía por algo que no podía expresar. Tiempo atrás, Elías habló más de una vez de ella a su

pandilla de amigos, quiénes no veían cine de épocas anteriores a los noventa. Se levantaba exaltado de donde estuviera sentado y, emocionado, proclamaba: "Chavales, debéis ver al menos sus películas con Bogart, juntos tienen unos diálogos increíbles. Es la mujer de los gestos precisos". Ahora Elías no hablaba de la actriz a nadie, ni tan siquiera veía sus películas. De hecho, no veía películas. Sin embargo, no podía apartar la vista de aquella mujer, y él no hubiese sido capaz de explicar a nadie por qué, y quizás esa fuese la explicación. Ya no pensaba nada y consiguió dormirse.

Cuando despertó, fueron los ojos de Lauren lo primero que vieron los suyos, casi parecía que le miraran con ternura. Esto infundió vigor al ánimo de Elías. Fue hasta la cocina y cogió una cerveza del frigorífico, el reloj digital del microondas marcaba las siete. Salió a la terraza para beber, allí se encontraba su padre, observando el infinito. No miró a Elías cuando éste entró y permaneció embelesado.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Elías.

-Nada, solo esperar hasta que me ponga a hacer la cena -respondió sucinto su padre.

Elías estaba apoyado en la baranda del balcón, reposando su peso sobre los antebrazos. Se sentó en la silla dispuesto a entablar una conversación mientras bebía la cerveza.

-¿Qué miras mientras tanto? -preguntó Elías.

-Los edificios -respondió su padre sin apartar la vista de su contemplación.

Enfrente, en el otro lado de la avenida, había dos edificios de bloques de pisos. Uno de ellos había sido pintado recientemente; el otro continuaba con la mugre y la suciedad características de las fachadas tras el paso del tiempo y las numerosas lluvias. En dicho edificio la pintura se había desvanecido ligeramente, permitiendo intuir los ladrillos.

-Qué diferencia ¡Eh! -comentaba Elías-, parece que ahora casi veinte años separan a los dos edificios.

Su padre asintió.

-Y qué diferencia también entre la gente que vive en ellos -prosiguió Elías-, a unos les importa la belleza de sus casas y a los otros...

-Les importa una mierda -interrumpió su padre saliendo del ensimismamiento.

-Pues sí -dijo Elías.

Permanecieron en silencio unos segundos contemplándose.

-Seguramente acaben pintando también el otro -dijo de nuevo su padre rompiendo el silencio.

-Pues... -intervino Elías-, si lo pintasen ahora, yo seguiría pensando que a la gente de ese bloque les importa una mierda. Lo harían por inercia, y eso es ni siquiera plantearse si les incómoda la suciedad de sus casas.

-¿Y por qué lo van a tener que hacer por inercia? Puede ser que los vean más renovados y bonitos, y lo hiciesen también por estética -El padre de Elías había entrado de lleno en la extraña conversación que su hijo le propuso.

-No creo, con la mierda que tienen esos edificios era más que seguro que quedarían más bonitos si se pintaran. Solo, tras tantos años, quiénes han tomado la iniciativa de pintarlos son los que no soportan más el aspecto de sus casas. A los otros, quizás tras algún tiempo, les hubiese empezado a importar, pero ahora mismo yo creo que les da igual.

-Al que estoy seguro de que le importa una mierda es al pintor -apuntó su padre.

-Desde luego, ese siempre estará a favor de pintar. Y no por estética -coincidió Elías.

-Por la inercia de ganar perras, ¿no? -dijo su padre entre risas.

-¡Oh! la que mueve al mundo desde luego -sentenció Elías.

-¡Qué vas a hablar tú! A ti solo te da algún empujoncito de vez en cuando -contestó su padre.

-Sí... Bueno, ahora que has dicho eso, ¿te acuerdas de "La Galería"?, ese bar al que iba con mis amigos antes y que no os gustaba nada -Su padre asintió con desdén-. Pues bien, he hablado con el camarero y quizá me contrate para algunas noches, ahora iré a verle.

-¿Ese cuchitril lleno de borrachos? -Elías hizo un gesto afirmativo-, pues anda...

-Hombre, pero yo no voy a currar de borracho -dijo el chico sonriendo de forma extraña.

-Bueno, bueno, haz lo que quieras. Vete entonces a hablar con él, que yo me voy a poner a hacer la cena.

Su padre se levantó adentrándose en la cocina. Elías permaneció absorto contemplando los edificios cinco minutos más hasta acabar la cerveza, que le recordó a la que le invitó Alberto por la mañana en "La Galería".

Y aunque hablase de la belleza de los edificios, Elías miraba sin pestañear sabiendo que él no pertenecía a esos edificios en los que se tomaba la decisión de pintar o no, a él le daba igual. Se veía en el andamio junto al pintor, esforzándose lo necesario. "¿Qué sucederá entonces cuando cesen los empujones de los que hablaba su padre?", pensaba el chico. Tras acabar, fue a vestirse para salir de casa. Se cruzó en el pasillo con su madre antes de marcharse.

-Voy a salir mamá, he conseguido trabajo y seguramente empiece esta noche -dijo Elías.

-¡Bravo hijo mío! ¡Brrrrrrrrraavo! -contestó su madre detener su camino, perdiéndose en la oscuridad de su cuarto.

Si bien es cierto que Elías no tenía una mala relación con sus padres, ésta, con el paso de los años y, sobre todo a consecuencia de su cambio, no era la misma. No le tomaban en serio. Le percibían indolente y excesivamente laxo. Esta falta de creencia en su hijo había provocado de forma casi colateral una disminución del cariño que éste les inspiraba. Así, la relación de Elías con sus padres descendía hacia una cordialidad afectiva. Elías no se sentía molesto por ello, ni los culpaba; comprendía el asunto. Al fin y al cabo, unos padres siempre esperan algo de su descendencia; con la mera existencia no basta. Pero, ¿qué podía hacer él, no siendo capaz de implicarse emocionalmente en algo?

Capítulo 3

En la calle, el sol estaba poniéndose y la sombra lo invadía todo. Pandillas de niños pequeños aprovechaban el descenso de la temperatura para jugar frenéticos en los parques y en las plazas, bajo la intermitente vigilancia de sus padres. Elías cruzó por la plazoleta de la telefónica -llamada así porque un edificio de la empresa la cercaba-. Era pequeña y ovalada, tenía cuatro bancos -formando un cuadrado dentro del óvalo, enfrentados entre ellos en diagonal-. Recordó sus años jugando en aquel lugar. Como cuando se ven en la carretera las marcas de neumáticos y uno se imagina la frenada de los coches. Así Elías se vio con sus amigos jugando al fútbol entre los bancos, al ver algunas huellas de suelas de zapatillas. Jugaron de pequeños y cuando no lo eran tanto. En los días que precedieron a los exámenes de selectividad, estudiaban desde la mañana hasta la tarde, y al anochecer bajaban dispuestos a sudar bajo el alumbramiento de las farolas. Se paró en medio de la plaza, concentrándose en el recuerdo, intentando visualizar alguna jugada, algún gol; pero nada, ni una sonrisa surgía en él, ni tan siquiera la ponzoña que se espera de la nostalgia en un presente vacío. Con la rigidez de un clavo permanecía en medio de la plazoleta; pero aun no era el momento, y un empujón le puso en marcha, sacándolo para siempre de su perplejidad. Como si hubiese olvidado que dijo a su padre que tenía que ir a "La Galería", andaba cabizbajo y tan despacio que tardó cerca de quince minutos en cruzar el puente romano. Al llegar al final del mismo, se irguió y aceleró el paso como empujado por otra fuerza del mundo. Al instante estaba entrando en "La Galería". Había dos borrachos al final de la barra, y dentro se encontraba Alberto toqueteando el ordenador, dudaba qué canción poner. Aún era temprano.

-Elías, muchacho, ¿otra vez aquí? La siguiente cerveza tendrás que pagarla, o al menos te

la fiaré -bromeó Alberto.

-Vengo a pedirte trabajo -dijo Elías.

-¿Trabajo? ¿Hablas en serio? ¿Qué has leído en vez de Galería? ¿Hotel Meliá? -Alberto bromeaba fingiendo poses intentando parecer un noble.

-No me refiero a un trabajo con contrato y seguridad social, ni media jornada, ni entera y esas leches... podría echarte una mano por las noches y que me dices a cambio algo, nada excesivo -dijo Elías.

-Eli, muchacho, sabes que hay meses que incluso pierdo dinero...

-Bueno -interrumpió Elías-, entonces no te importará perder un poquitín más por un amigo.

Elías sabía lo acertado de llamarle amigo. Ciertamente, Alberto idolatraba de alguna forma a Elías y le respetaba profundamente, mientras que pasaba los días rodeado de gente que en muchas ocasiones detestaba. Alberto permaneció pensativo alrededor de un minuto, hasta que por fin habló.

-Está bien Eli, muchacho, está bien. Trabajarás los jueves, viernes y sábados; te daré entre veinte y treinta euros dependiendo de lo que se haga en la caja. Además, te encargarás de limpiar, ¿d'accord?

-D'accord.

Alberto tendió su mano; Elías la estrechó cerrando el trato.

-Mañana ven a las siete -prosiguió Alberto-. No te retrases.

Tras asentir, Elías se dirigió a la puerta para marcharse, cuando desde fuera la abrieron. Entraron dos mujeres de unos cuarenta años; su extraña verborrea hizo pensar a Elías que estaban bebidas.

-¡Alberto, bonito, buenas noches! ¡Uhhh! ¡Qué poco ambiente! ¿Cómo nos vamos a divertir? ¡Ohh, alguien vendrá seguro! -decían hablando entre ellas, solapándose en ocasiones.

-¡Buenas noches, señoritas! ¡Bienvenidas al Meliá! -exclamó Alberto entrando en el juego de las mujeres.

Elías, que aún no había salido, sonrió. Al salir de "La Galería" comenzó otra vez a caminar sin rumbo en la noche calurosa por las calles del centro.

Capítulo 4

Cerca del parque del alcazaba alguien le paró en seco poniendo una mano en su pecho, levantó la vista del suelo; enfrente se encontraba Marta sonriendo, una antigua compañera de instituto de Elías. Marta tenía un bonito pelo negro que caía liso sin llegar a tocar su espalda; unos ojos de un suave color miel flanqueados por unas largas pestañas; su sonrisa era pueril, y la forma ligeramente chata de su nariz resultaba graciosa; su menudo cuerpo dotaba a sus pechos de una falsa exuberancia que no es la de la mujer despampanante, si no aquella de la colegial que se desarrolla antes que sus compañeras. Sin embargo, lo que más le gustaba a Elías de Marta era su color de piel; parecía haber sido espolvoreada de canela; con tremenda paciencia, pues esta era increíblemente homogénea, ofreciendo a la imaginación cualquier rincón de su cuerpo en un alto grado de fidelidad. No era Marta una chica donde la picardía se desplegara, más bien existía en ella la inocencia de la ternura. ¡Oh Marta, Marta...! Si supieras cuánto te contempló Elías acodado en su pupitre, mordiéndose las uñas por orden del deseo, iracundo al no llenar su estómago. Y, aunque los rasgos físicos de Marta continuaban exactamente igual, resultaba lógico que sacrificara una parte de esa ternura infantil en beneficio de la solemnidad que imprime la madurez, sobre todo en las mujeres.

-¡Eli! ¡Eli! ¡Cuánto tiempo grandullón! -exclamaba Marta mientras rodeaba con sus brazos a Elías y descansaba la cabeza en su pecho- ¿Qué es de ti? ¿Qué ocurre en tu vida?
¡Eli! ¡Cuánto tiempo!

-¡Buah, sí! Mucho tiempo Martita. En mi vida... poquita leche la verdad. Parece que tú tienes más cosas que contar que yo -contestó Elías, pues la notaba alegre en exceso, así que las cosas le irían bien.

-Mmm... Quizá, quizá -dijo Marta-. Empiezo yo entonces.

-Bien.

Marta se separó de Elías, se estableció firme en la posición que ocupaba en la acera y trago saliva para empezar a contar su historia.

-¿Recuerdas, Eli, que la última vez que nos vimos te conté que iba a hacer un máster carísimo pero de lo mejor de España?

Elías asintió, aunque aquello no le sonaba ni lo más mínimo; ¿qué sentido hubiese tenido no asentir?

-Pues bien -prosiguió Marta (ella había estudiado publicidad)-, lo terminé hace un año y al mes, Miracle, ¿sabes qué empresa es?

Elías no tuvo tiempo de contestar.

-¿Qué no? Anda ya... Bueno, bueno, pues ya te lo digo yo. ¡Aiss!, seguro que estás desconectado del mundo Eli. Miracle es una empresa conocidísima de productos cosméticos y farmacéuticos a nivel mundial. Ahora mismo, es la líder en su mercado, además, cada año, la modelo más destacada suele anunciar sus productos. Pues bien, como te decía, al mes de acabar el máster, me llamaron de Miracle para ofrecerme un contrato en prácticas. Ya me dijeron que se rifaban a la gente de mi máster. Cuando acabé las prácticas seguí trabajando con un contrato normal hasta hace dos semanas... Ahora viene lo mejor Eli. ¿Listo? Bien. ¡Me han ofrecido un puesto en la sede estadounidense! La matriz de la empresa -exclamó sonoramente Marta; algunas personas la miraron.

Elías permaneció en silencio mirando los brillosos ojos de Marta abiertos hasta lo máximo. Algo extraño de su rostro atrajo la atención de Elías; sus labios se movían ligeramente formando palabras apenas audibles. Elías se concentró en ellos achicando los ojos, hasta que creyó distinguirlos y las repitió en voz alta.

-"Es ge... genial Marta... Re... Realmente genial" -pronunció con lentitud. Las palabras sacaron a Marta de su quietismo y se abalanzó sobre Elías volviendo a abrazarlo

-¡Ay! Eli! Sabía que te alegrarías, ya sabes que para mí significa mucho. ¡¡Ay!! ¡¡Ay!! Nueva York además... ¡Qué ganas! -decía Marta con la cabeza reposando en su pecho- Lo cierto es que ha merecido la pena todo el dineral que se han dejado mis padres... ¿Vas al polígono? Venga, venga, vamos juntos y seguimos hablando.

Camaron por las calles del centro en dirección al puente romano. Marta se asió al brazo de Elías cariñosamente.

-Y tú, ¿terminaste la carrera? -preguntó la muchacha.

-Sí, ya por fin terminé -contestó Elías.

-¿Qué tienes pensado ahora? -indagó Marta.

-Bueno... no sé... de momento estoy aquí en Mérida, sacando de vez en cuando algunas perri...

-¿Ahh, sí? ¿Ahora estás en Mérida? Pero no querrás quedarte aquí ni loco, ¿no? - interrumpió Marta- A ver si vas a acabar currando en la galería, cómo decíais hace años de cachondeo Fran y tú. ¡Púa! No sé por qué coño os dio por ir a ese antro... Creo que aquella noche, cuando fui con vosotros, ha sido la única vez en mi vida que me he deprimido en un bar.

-Mmm... Sí, imagino que me marcharé... supongo -dijo Elías- A estudiar algún curso de cine...

- ¡Ahh, claro!, ¡el cine, el cine...! Estaba empezado a notarte un poquitín cambiado, pero ¡qué va!, veo que sigues con las mismas ilusiones. Ya sabes que es bien difícil, pero bueno, mírame a mí.

Y Elías así lo hizo.

Caminaban ya por el puente. El calor no mostraba indulgencia, pese a estar próximo el crepúsculo de la tarde. El recorrido de la mirada de Elías sobre Marta hizo un alto en sus pechos; la camiseta ofrecía un amplio escote. El sudor que desde su cuello discurría encontraba un remanso en ellos, haciéndolos brillar hermosos, como cristales húngaros.

-Eli, Eli... veo que te sigues embobando con mis tetas como en el instituto -dijo sonriendo Marta.

Elías retiró la mirada de su escote, avergonzado.

-Pero ni siquiera te excitas, ¡eh Eli! Ya no fantaseas como cuando estábamos en clase, ¿verdad? -Marta tenía una extraña sonrisa.

-¿Cómo? -preguntó Elías sorprendido.

-Las miras, sí... porque todavía te queda el gesto... tan solo... es normal. No creas que porque me las hayas mirado va a ocurrir algo dentro de ti como antes, ni que va a volver ese calor. Ha sido algo automático Eli...

-No te comprendo Marta... -dijo Elías, aunque su cara no era de incompreensión; pero quería seguir escuchando a Marta.

-Si estuviera desnuda Eli, si estuviera desnuda sudando como ahora encima de ti, dime, ¿qué harías?

-Lo que haría cualquiera, ¿no? -dijo Elías.

-Eli... Me apartarías a un lado al poco de agarrarme.

Elías agachó la cabeza y no negó a Marta.

-¡Oh Eli! ¡Pobre Eli!

Marta se había soltado del brazo de Elías y daba saltitos alrededor del chico mientras seguían avanzando.

-Igual le da beber cerveza que agua -prosiguió la chica en un tono casi de humor-, dormir

en un banco que en una cama, oler un perfume que amoníaco, o tocar las tetas de la dulce Marta que una piedra fangosa. Todo es absolutamente lo mismo...

-¿Y ahora qué? -preguntó Elías.

-Ahora nada, nada de nada -sentenció la joven.

La chica volvió a agarrar del brazo a Elías y caminaron sin hablar lo que restaba de puente. Aunque las casas de ambos eran cercanas y podrían haber continuado juntos, se separaron al terminar éste, eligiendo cada uno un camino. Se desearon suerte el uno al otro. Fue la última vez que Elías vio a Marta.

Al llegar a su casa, encontró a sus padres en el salón viendo una película, los dos ocupaban el sofá, por lo que Elías se sentó en la butaca.

-Hola, ¿qué tal?- preguntó Elías.

-Bien, pero calla, estamos viendo una película- respondió su padre.

-¿Qué película es?- volvió a preguntar Elías.

-Shh!-le cortó su madre haciendo el gesto del silencio-. Calla.

Elías desistió en su intento de inquirir cualquier cosa y se puso a mirar la televisión. Cuando aparecieron los títulos de crédito, sus padres dieron las buenas noches a Elías, y se marcharon a dormir. Elías decidió quedarse en la butaca viendo la televisión hasta alcanzar el sueño suficiente como para tumbarse en la cama. Tenía lugar una tertulia deportiva muy conocida en el país. Los allí presentes defendían sus ideas con un furor que rayaba la demencia, y llevaban hasta el final cualquiera de sus opiniones, por muy absurda que fuese. Además, en España, las tertulias- ya fuesen deportivas o de cotilleo- tenían la fortuna o la fatalidad de contar entre sus participantes con las personas más singulares y ridículas del país. Esto hacía que aumentara la audiencia, a la vez que, paradójicamente, crecía la opinión negativa de la población respecto a tales programas. “Menudo país” se decía en esos casos. Tras dos horas, Elías notó que entraba en los dominios del sueño y se marchó a dormir; apagó la luz y, en la oscuridad, solo se veían los ojos de Bacall, que le miraban con ternura.

A las doce de la mañana despertó extrañado de que su madre no hubiese abierto la ventana y arrancado ferozmente sus sábanas, con la intención de hacerle despertar de inmediato, como hacía muchas veces cuando consideraba que había dormido demasiado. Levantó entonces Elías la persiana y el sol entró en su cuarto como un animal que enviste, abrió la ventana para ventilar la habitación y fue hasta la cocina para prepararse el desayuno. Sus padres no estaban en casa. La cafetera estaba vacía y, tras diez minutos, intentando buscar café para hacer, Elías se vistió y decidió bajar al bar que se encontraba en los alrededores de su casa. Por fortuna, en la búsqueda del café había hallado un euro en un rincón de la cocina. Atendiendo en el bar se encontraba Macarena, una chica de unos

treinta años y de piel pálida, denso pelo negro, que se reunía en una larga coleta, y bonitos ojos verdes. Elías se sentó en la barra esperando que Macarena le mirara; se encontraba limpiando la misma con un trapo. Por fin le vio.

-Qué bueno verte Eli, buenos días- le sonreía Macarena-¿Qué vas a tomar?

-Lo mismo digo Maca- contestó Elías también sonriendo-. Recuérdame cuánto costaba el café, anda.

-Un euro con veinte.

-Solo tengo un euro, si pudieras Maca...

Paró en su tarea de limpieza y le miró fijamente, de una forma casi maternal, sonrió; tras lo cual se acercó a la máquina de cafés añadiendo un vaso más a la fila.

-Te lo agradezco- dijo Elías-. ¿Cómo te va?

-Bueno... ahora mismo no muy bien... a Marcos le han despedido- dijo seria Macarena-. Hace unos años no hubiese habido problema, con mi sueldo estaríamos bien hasta que encontrase otro curro, pero ahora con el niño..., todo es mucho más complicado.

-Pues yo te veo muy contenta -dijo Elías.

-Claro, bonito- ahora sonreía radiante.

-Te has fijado alguna vez en cómo me rasco la nariz -prosiguió. Elías asintió, pues recordó el gesto, que ciertamente era característico de la camarera-. Bien, pues el otro día mientras desayunaba se lo vi hacer a Pablo, de la misma forma que lo hago yo, casi me vuelvo loca de lo contenta que me puse. Además, mis padres nos ayudan en todo lo que pueden, pasan tiempo con él y eso nos desahoga algo...

-Pero no tendrás ni tiempo para ti, ¿no? -preguntó Elías.

-Poco, muy poco... pero bueno, es lo que toca. Desde pequeña siempre quise ser madre y, sin apenas pensármelo, tuve a Pablo y, como ves, aún no puedo detenerme a pensar en ello.

En ese momento fue a cobrar a un cliente. A los pocos instantes regresó.

-Eli, y los universitarios, ¿en qué piensan? -prosiguió Macarena.

-En beber café -dijo Elías en tono afable, pues aún no le había servido.

-Ups! Perdona.

Macarena cogió el café de la máquina, calentó la leche y le sirvió a Elías; éste le entregó el euro a Macarena y dio un breve sorbo, lo encontró excesivamente amargo: se había olvidado de echar el azúcar. Una vez lo hizo, dio otro trago más largo. Macarena, tras servir a Elías, fue a atender a otros clientes. Tras terminar el café, Elías se sirvió un vaso de agua de la jarra que el bar ofrecía para el autoservicio y, con enorme ansia, lo bebió de un trago.

-Me marcho Macarena- dijo Elías despidiéndose casi a gritos-. Espero que te vaya todo bonito.

-¡Gracias universitario!, que no pase tanto tiempo hasta la próxima vez que quieras un café- respondió Macarena. Lanzó un beso a Elías, que éste no advirtió, pues ya había dado la espalda a la barra para marcharse.

Elías subió a su casa, sus padres habían regresado y estaban acomodados en el salón.

-Eli, ¿tienes algo que hacer ahora? -preguntó su padre.

-No, ¿Por qué? -contestó el chico.

-Porque me gustaría que fueras a devolver este libro a la biblioteca, ya que estás vestido con ropa de calle -dijo su padre-. Cumplió ayer y no quiero acumular más retraso.

-De acuerdo. Lo haré.

Su padre fue hasta su cuarto y regresó con el libro. Elías lo asió sin tan siquiera mirar de qué se trataba. El camino hacia la biblioteca implicaba atravesar “El polígono”. Elías pasó por las zonas donde jugaba de pequeño, su antiguo campo de fútbol... Atravesó también los soportales que vieron su salto de la niñez a la adolescencia, y donde coqueteó con el hachís en compañía de personas que actualmente no gozaban de una buena reputación. Por fin llegó a la biblioteca, hacía tiempo que no iba. Con la misma decisión con la que se acercó al mostrador para dejar el libro se dio la vuelta para salir.

-¡Eli! -dijo una voz a sus espaldas.

Se giró. Era Carmen, una de las bibliotecarias. Elías y ella tenían muy buena relación -éste fue un ávido lector y visitaba la biblioteca diariamente- antes de que se produjera el cambio.

-¡Chico! ¡Cuánto tiempo! -dijo Carmen cuando estuvo a la altura de Elías.

-Hola Carmen, ¿qué tal?

Se dieron dos besos.

-Bien, bien, oye Eli, tengo mucha prisa. Va a empezar una lectura de poemas, me están esperando -Carmen agitó tres botellas de agua que llevaba en la mano-. Entra, dura

poquito, menos de una hora.

-¡Oh! Me gustaría Carmen, pero tengo que marchar...

-Venga, venga, que sé que no tienes nada que hacer -le interrumpió Carmen. Con la mano, ocupada en sostener una sola botella, agarró fuertemente la camisa de Elías y empezó a moverse, Elías se vio arrastrado -. Igual, si hay tiempo, también puedes leer alguno tú de Rimbaud, que te lo sabes de memoria...

Elías pensó que era mejor no negarse. Estaría un rato y se levantaría disculpándose. Carmen le condujo a una sala en la que el chico ya había estado. Apenas había diez personas, distribuidas en dos filas de sillas, mirando el atril que esperaba a Carmen. Elías se adjudicó una silla libre.

Carmen dijo unas palabras de bienvenida y dispuso el orden de intervención. Comenzó una chica que parecía no llegar a la veintena; su palidez, sus labios finos, la abundancia de pecas, así como su mirada esquiva para con los presentes, conferían a su persona la timidez de la pureza. Sin embargo, el grave torrente de su voz y la temática sexual de su poema hizo que se desplomara de un plumazo. Al poco tiempo, Elías dejó de oírla. Aplaudía cuando escuchaba los aplausos de los demás.

Una de las veces que tocaba aplaudir, la gente, además de hacerlo, también se puso en pie. "El poema ha debido ser bueno", pensó Elías. Los asistentes cesaron de aplaudir y se giraron para mirar a Elías.

-¿No te ha gustado? -le preguntó una chica.

-Eh... Sí, sí. Claro -contestó Elías.

-Entonces, ¿por qué no te has levantado? -dijo ahora un chico.

-Pues... no lo sé, ¿Qué más da?

-No le ha gustado en absoluto -dijo en aquel momento el que estaba en el atril.

-Oye, que sí, que sí me ha gustado.

-¡No mientas! ¡No es necesario! -gritó el del atril.

Elías permaneció en silencio. Los asistentes parecían nerviosos.

-Está bien, lo volveré a recitar -concluyó mirando desafiante a Elías.

En ese momento dos de los asistentes se desplazaron y se colocaron a ambos lados de Elías. Uno le colocó la mano en su pecho y el otro le remangó el brazo. El chico del atril carraspeó con fuerza y comenzó a recitar. Elías no fue capaz de concentrarse en escuchar el poema, le producía

rechazo la voz del chico y sus exagerados cambios de tono. El poema era de una extensión considerable. La persona de su izquierda continuaba con una mano en su pecho, y la de su derecha asía con fuerza su brazo remangado. El poema parecía llegar a su fin, pues Elías notó la voz del chico entrecortada y observe que sus ojos estaban vidriosos. Así fue, el poema terminó, los asistentes volvieron a levantarse para aplaudir, a excepción de los que se encontraban a ambos lados del chico. Tras el aplauso, todos se giraron de nuevo.

-¿Y bien? -dijo el autor del poema.

-Su corazón late a un ritmo normal -dijo la persona de su izquierda.

-Sus bellos no se han erizado -dijo la persona de su derecha.

-Bien, será necesario que te marches, por favor -le impelió el que aún se encontraba en el atril.

Elías se levantó dispuesto a hacerlo, antes de salir miró a Carmen para despedirse, pero ésta agachó la cabeza. Salió de la biblioteca y, ampliando la zancada, se dirigió a su casa, pensando que ya sería la hora de comer.

Capítulo 5

Cuando llegó, ayudó a sus padres a poner la mesa. De primero había gazpacho y, de segundo, conejo con patatas. Cuando se sentaron todos, Elías echó algo de guarnición en el gazpacho- pimiento, tomate y taquitos de jamón serrano- y, bajando la cabeza, terminó con el primer y segundo plato en apenas diez minutos. Desde que era pequeño Elías se había acostumbrado a comer de esa manera. A sus padres no les gustaba hablar durante la comida, veían ensimismados el noticiario. Así, Elías -que ciertamente comía excesivamente rápido, tras acabar sus raciones llevaba sus platos a la pila y se marchaba, a veces sin haber pronunciado una sola palabra. No obstante, aquella vez comió con algo más de calma el postre (un tajada de melón), dispuesto a cruzar palabra.

-Esta noche empiezo a trabajar- dijo Elías.

-Nos alegramos- contestó su padre forzando una sonrisa.

Su madre no dijo nada.

-Oye - tomó otra vez la palabra Elías-. ¿Qué habéis pensado hacer hoy?

-Vamos a tomar algo con Mamen y Ricardo -contestó su madre-. Están de paso por Mérida.

-Ah ¡Qué Bien! ¿Cuánto hace que no los veis?

- Hará uno o dos años, ¿no? -su madre miró a su padre. Éste asintió.

-Me gustaría ir, así los veo también -declaró Elías-. Siempre me cayeron bien; ¿vienen sus hijos?

-Si quieres...- se apresuró a responder su padre-. Creo que solo el pequeño, el que estudiaba medicina.

-Ya ha acabado, ahora está con el M.I.R -apuntó su madre.

Su madre desmenuzaba la carne del conejo sin llegar a coger un trozo, miraba el plato con los ojos muy abiertos y estaba algo pálida. Era evidente que no era de su agrado coincidir con antiguos amigos y que se sumara su hijo; Elías era consciente de la involuntariedad de tal reacción; desde los últimos años, la vanidad había sido el sentimiento que dominaba a su madre. Se retire, tras acabar el melon, y fue a tumbarse en la cama un rato, siendo el rostro de Lauren Bacall su última visión antes de cerrar los ojos, como debía ocurrir siempre. Despertó a las seis de la tarde, la casa estaba completamente en silencio. Fue a la cocina, encontrando para su fortuna la cafetera llena. Se sirvió un café y salió a la terraza a beberse. Las terrazas de los bares estaban repletas de personas y, con sus peculiaridades, Elías se entretuvo. Cuando terminó el café fue al salón a sentarse. En ese momento, Elías escuchó en el portal un taconeo y unas risas. Y si el sonido de llave hirió al silencio del interior de la casa, el estrépito de risas y tacones que acompañaba a sus padres terminó de rematarlo. Tras ir primero a su cuarto a descalzarse se dirigieron después al salón, donde se encontraba Elías. Su madre llevaba un vestido veraniego de flores, era una mujer esbelta, con una gran figura, llevaba el pelo corto, lo que le hacía parecer más joven y sus rasgos eran finos y delicados. Ciertamente, aparentaba menos edad de la que realmente tenía. En cambio su padre, que era de la misma altura que ella, estaba encorvado y parecía algo más bajo; era un hombre regordete y los rasgos de su cara resultaban más brutos que los de su madre, sobre todo su nariz. Sin embargo, su padre descollaba por lo que él denominaba "piquito", y que no era otra cosa que el don del encanto natural.

-Hola Elías -dijo su madre aún riendo.

-¿Por qué no me habéis despertado? -preguntó-. Os dije que me hubiese gustado ir.

-Ya, pero sabemos lo que tardas en despertarte; nos hubiésemos retrasado- contestó su madre-. Además, hemos estado tan solo una hora.

Elías asintió con la cabeza.

-No te enfades-prosiguió su madre-. La próxima vez te despertaré, te lo prometo.

-No estoy enfadado- contestó Elías.

Era verdad, no albergaba enfado de ningún tipo. Su madre fue a su cuarto a cambiarse; Elías miró el reloj, eran las siete menos diez y se acordó de que debía ir a la “Galería” urgentemente, pues Alberto le advirtió que no se retrasara. Se vistió lo más rápido que pudo y salió de casa escopetado, sin tan siquiera lavarse la cara, en la que aún se notaban las secuelas de la extensa siesta. Cuando bajó a la calle amplió la zancada más de lo normal; Elías era un chico muy alto con largas piernas, gracias a ello en diez minutos llegó al bar.

-Perdón, Alberto- dijo Elías nada más entrar-. Siento el retraso.

-No te preocupes, muchacho, aún no hay nadie. Tengo que salir un par de horas, ve limpiando la barra, los vasos que están sucios y cualquier cosa que veas que hay que limpiar; si viene alguien atiéndele, ¿sabrás?- Elías asintió-. Ven para que te enseñe cómo funciona la caja.

Alberto no utilizaba las funciones completas de la caja, únicamente cobraba el dinero y lo soltaba dentro; así que solo le indicó donde estaba la llave de seguridad.

-Eli, has venido aquí muchas veces... ya sabes cuánto cuesta cada cosa; la clientela de aquí no tiene por costumbre innovar cuando bebe -explicaba Alberto-. Te recuerdo entonces lo básico: jarra de cerveza, dos con treinta; tubo, uno con cincuenta; si alguien te pide una caña, échale del bar -soltó una risotada-; copas, cinco euros, salvo de algunos whiskies como Jack Daniels, Chivas...mmm...creo que me dejo otro. Bueno, es igual, en ese caso, las copas cuestan seis con cincuenta; los chupitos, uno con cincuenta; el carlota - un cóctel que llevaba vino, cola cao y canela-, dos euros. Apunta lo que te pidan en aquella libreta, ¿de acuerdo?

-De acuerdo- contestó Elías.

Elías cogió un trapo y, mientras retiraba algunos objetos de la barra para limpiarla Alberto abrió la puerta para marcharse.

-Ah!! Otra cosa Eli- dijo Alberto antes de salir-, a las chicas sírveles también un cuenco lleno de golosinas de esa bolsa, sobre todo si parecen que es la primera vez que vienen.

Tras salir Alberto, Elías continuó con su tarea. La barra del bar estaba realmente sucia, y el trapo que cogió aún más. Elías quiso hacer las cosas bien y buscó un trapo nuevo o algo que se le pareciese. Dio con una bayeta moviendo una cortina debajo del fregadero, descubriendo los productos de limpieza que rebosaban un barreño de plástico. Entre otros tantos trapos sucios y botes llenos de polvo y telarañas, encontró Elías el paquete de

bayetas sin abrir. Era sorprendente que solo hiciese falta material nuevo para limpiar las marcas pegajosas de los vasos y dejar brillante la barra, y que Alberto no hubiese agotado al menos esa posibilidad. Tras acabar con la barra, decidió limpiar los vasos y jarras que había pendientes, pero antes quiso poner algo de música. En el ordenador encontró un disco de Johnny Cash, que no dudó en hacer sonar. Estuvo alrededor de cuarenta minutos fregando vasos. Las esponjas viejas y deshilachadas hacían que cada mancha fuera realmente difícil de quitar. Casi escuchó el disco completo -que ya no le gustaba como antes, aunque le distraía- cuando por la puerta entraron dos clientes; ambos le resultaban conocidos a Elías, y Elías a ambos. Recordó que cada noche que había estado en “La Galería” los había visto allí. LLamarlos clientes inherentes sería más acertado que habituales en su caso. El primero y más mayor era bajo y gordito, el poco pelo que tenía era lo suficientemente fuerte como para crecerle hasta la espalda. Era de una complexión sanguínea, aunque cuando hablabas con él, ésta se veía eclipsada por una mansedumbre palpable. Parecía un rockero cansado y hastiado del propio rock. El otro era más joven, al menos en su vestimenta y aspecto físico. Era también bajo, aunque Delgado. Llevaba el pelo tan corto que parecía rapado, de color negro azabache al igual que su barba. Sus rasgos, aunque propios a su edad, estaban salpicados de una tristeza no demasiado expresiva, pero que se intuía permanente. La suave tristeza de cuando la esperanza realmente desaparece. A Elías este chico siempre le despertó curiosidad por ese detalle. Eran las caras de “La Galería”.

-Buenas noches- saludó el más mayor- ¿No está Alberto?

-Ha salido, en un par de horas estará de vuelta-contestó Elías-. ¿Qué vais a querer?

Los dos se sentaron en unos taburetes al final de la barra, la misma zona donde Elías los veía pasar las noches hace años.

-Am... Bien, ponnos un par de jarras, bien fresquitas. Oye, ¿a ti no te he visto varias veces al otro lado de la barra?

-Sí, yo venía aquí antes con mis amigos. Hemos hablado alguna vez, creo... -contestó Elías mientras sacaba dos jarras del congelador-. Me llamo Elías, no sé si me recuerdas...

-A mí me suena tu nombre, pero hace bastante tiempo que no vienes, ¿no?- le dijo a Elías el más joven.

-Hace casi dos años, le he pedido a Alberto que me deje ayudarle algunas noches.

Elías les sirvió las dos jarras.

-Pues tendrás que servir la cerveza mejor si quieres durar -dijo el rockero sonriendo-. Es broma, ya aprenderás, cuando tires veinte ya le habrás pillado el truco. Y con nosotros dos las vas a tirar en poco tiempo.

Elías miró las dos jarras y sintió que tenían razón, la espuma ocupaba casi cuatro dedos.

Cuando era más joven, a Elías le hubiese sentado mal que le sirvieran una cerveza como esa.

-Son cuatro con sesenta -dijo Elías.

-Apúntanos en la libreta -dijo el rockero-. Alberto lo sabe, cuando podemos le pagamos.

- Somos Joaquín y López - indicó el más joven.

Elías fue hasta el lugar donde estaba la libreta y, efectivamente, en la cuenta del día anterior aparecían los nombres Joaquín y López al lado de cinco palitos, que Elías imaginó que representaban jarras. El bar comenzó a llenarse de gente, todas de la misma apariencia que Joaquín y López. Por suerte, los nuevos clientes pagaban al contado, evitando a Elías la incomodidad de tener que acercarse a la libreta para certificar que gozaban del mismo trato que los clientes inherentes. Alberto llegó pasadas las tres horas.

-¡Eh, Alberto!- vociferaron varios clientes.

-¿Te vas a convertir en un jefe de esos que no aparecen por el negocio?- gritó otro desde las mesas del fondo entre risas.

Alberto entró en la barra y se acercó a Elías que se encontraba limpiando vasos.

-Elí, muchacho, ¿cómo está yendo la cosa?- le dijo-. Parece que está todo en orden.

-Bien, bien- contestó Elías-. Aunque no me resulta fácil tirar las cervezas.

Alberto hizo un gesto a Elías para que le siguiera hasta los grifos de cerveza.

-Saca una jarra, Elías, y dámela, por favor- dijo Alberto y éste obedeció.

-Mira- prosiguió Alberto- lo primero que debes hacer es mojar la jarra, para que así se forme una capa de agua, evitando que toda la birra sea espuma; cuando abras el grifo saldrá primero un golpe de espuma que tienes que evitar que entre en la jarra; cuando la cerveza empiece a caer has de poner la jarra en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Así, ¿te das cuenta? Con esa inclinación llenas tres cuartos de la jarra; cuando hayas llenado esa cantidad, coloca la jarra en vertical, abre un poco más el grifo para que caiga la espuma. Al principio cuesta, pero no te agobies.

Elías observaba ensimismado la cerveza. Cualquier trabajo, sea cual sea, brinda la posibilidad de lograr la maestría, pensó Elías.

-Bébetela y sirve otra para mí -Alberto le guiñó un ojo.

Elías sacó una jarra y siguió los pasos explicados por Alberto, sin embargo no manejaba bien los tiempos y el resultado fue mediocre, pero sin duda mejor que las veces anteriores.

La noche continuaba. Elías se acercó a una mesa donde había cuatro chicas de su edad para llevarse los vasos vacíos. Estaban borrachas. Una de ellas agarró del brazo a Elías cuando éste volvía a la barra.

-¡Qué camarero más joven y guapo, hip...y en la Galería! Hip...No nos invitará este joven y guapo camarero hip... no nos invitará a un chupito a cada una... hip...

-Lo siento, yo no puedo, podéis pedirlo a Alberto, supongo que él os invitará -contestó y llevó los vasos hasta la barra.

-Qué tacaño... hip... -escucho Elías mientras se marchaba.

Había momentos en el que el bar se vaciaba casi por completo cuando la gente salía al patio de las paredes de cal a fumar. Eran cerca de las dos de la madrugada cuando Alberto gritó:

-¡Ya se puede fumar!

Se escucharon vítores de celebración y algún que otro aplauso. Entonces Elías sabía lo que ahora iba a ocurrir -él lo había vivido siendo participe-: el bar comenzaría paulatinamente a llenarse de humo hasta cargar el ambiente, haciéndolo insoportable.

Pasaban las horas y la gente se marchaba poco a poco, porque se cansaban o se les terminaba el crédito. Eran casi las cinco ya y en el bar quedaban únicamente Joaquín y López, además de Elías y Alberto.

-Eli, cuenta el dinero y guárdalo en una bolsa. Apunta la cantidad en la libreta- dijo Alberto.

Elías obedeció. Pasó alrededor de diez minutos contando; había muchas más monedas que billetes. Elías anotó doscientos euros y se lo comunicó a Alberto.

-Coge veinte euros muchacho-dijo Alberto-. La noche ha sido regular; ahora vamos a limpiar un poco esto. Ocupate de la barra y de fregar mientras yo estoy con el suelo.

Cuando escucharon esto último, Joaquín y López se levantaron para marcharse.

-Nos vemos chachas- se despidió el más joven y el rockero soltó una risotada.

Se marcharon para volver a venir al día siguiente a la misma hora; Elías comprendió entonces por qué Alberto le respetaba tanto sin haber hecho nunca nada especial. A las seis y media terminaron de limpiar el bar completamente.

-Bueno Eli, ya ha acabado tu primer día -decía Alberto mientras cerraba la puerta-. Mañana te veo a la misma hora.

- Hasta mañana entonces- se despidió Elías.

Alberto vivía cerca del bar, pero a Elías aún le quedaba camino por recorrer. El alba estaba próxima y respiraba la ciudad mojada por las mangueras de los empleados de limpieza. El aire era fresco como la menta, las calles estaban desiertas y ni un motor sonaba; a Elías le agradó todo esto. Llegó a su casa a las siete de la mañana, se encontró con la llave echada y, por no despertar a sus padres, decidió dormir en el la yerba del parque más cercano.

Le despertó la picazón que le producía el sol en la cara. Eran las doce del mediodía y subió a su casa. Al entrar fue directamente hacia su habitación, bajó las persianas, programó la alarma para sonar a las seis de la tarde y se tumbó en la cama.

La alarma tuvo que sonar largo rato hasta que Elías abriera los ojos, aunque no se levantó de inmediato. Se quedó mirando al techo alrededor de veinte minutos en la completa oscuridad de la habitación. Eran las seis y media, pensó en servirse un café y marchar inmediatamente a la galería. En la cocina se encontró a su padre haciendo la cena.

-Elías, ¿esta noche vas a venir a cenar?-preguntó su padre sin distraerse en su tarea-. Anoche te preparé algo y ahí está en el horno, pasado...

Elías se dio cuenta entonces de que llevaba desde las siete de la tarde del día anterior sin comer nada.

-No, no prepares nada para mí. Ayer estuve en “La Galería” trabajando, y hoy también tengo que ir- contestó Elías-. Por la cena de ayer no te preocupes, la como ahora; eso sí, hacedme un favor: no echéis la llave, regresaré a las siete de la mañana.

Su padre asintió, mientras el café se calentaba en el microondas, Elías introdujo la cenares filetes empanados de pollo- en media baguette. A las siete menos diez salió de casa con un cuarto del bocadillo y los dientes manchados de café. Llegó a la puerta de la galería a las siete y cinco, se disculpó por el breve retraso y comenzó a limpiar los vasos y jarras, luego la barra... Esta vez Alberto no se marchó, por lo que tardaron la mitad en tener todo listo para la noche. Aproximadamente a la misma hora del día anterior llegaron Joaquín y López; pidieron jarras y el nuevo camarero anotó dos palitos en la libreta. Elías volvió a contemplar -esta vez de camarero- cómo las noches en la galería eran prácticamente idénticas, calcadas. Una función aburrida representada una y otra vez. A veces hasta le pareció escuchar las mismas conversaciones, los mismos argumentos... a cuenta de los mismos grupos de personas. La caja fue similar a la del día anterior, pero esta vez Alberto le dio veinticinco euros a Elías. Se repartieron las tareas de limpieza y a las siete menos cuarto se encontraban cerrando la puerta.

-Eli, toma las llaves -dijo Alberto antes de que se despidieran-. Mañana estarás solo, tengo un asunto pendiente; no te preocupes, será lo mismo de ayer y hoy. Yo tengo en casa una copia, quédate con esas.

Elías tomó las llaves y después siguió su camino, pero la ciudad esta vez no agradó a Elías como en el día anterior y sus sentidos se quedaron sin estímulos, o más bien los estímulos sin sentido. Cuando metió la llave en la cerradura de su casa ésta no giró. En esta ocasión, sin embargo, tocó el timbre.

-Te dije que no echáseis la llave -dijo Elías.

-La ha echado tu madre, sabes que no le gusta dormir sin hacerlo -contestó su padre, que apareció en calzoncillos y despeinado, con los ojos a medio abrir.

Ambos se marcharon a sus respectivos cuartos. Elías bajó las persianas y programó la alarma, esta vez para las cuatro.

A las cuatro y diez Elías se estaba preparando algo para comer- una ensalada de pasta de primero y unas chuletas de cordero de segundo-. Comió tres ciruelas de postre y, tras el último mordisco, se preparó un café. Eran las cinco y media, al ver que no tenía nada que hacer, decidió ir antes de la hora a la galería, ya que se acordó de la tenencia de las llaves. Tomó una ruta alternativa al puente romano, al no tener prisa, y con el objeto de evitar caminar bajo la influencia del sol -que a esa hora resultaba demasiado intensa-. Decidió, por tanto, llegar al centro cruzando el puente Lusitania, notablemente más corto, y en el cual el arco proyectaba espacios de sombra en el suelo, aunque dispersos. Donde la sombra reinaba con sobradez era en el parque de las siete sillas- llamado de tal forma porque en su césped se erguían siete esculturas con formas de sillas extravagantes-. Para llegar hasta el puente Lusitania, Elías hubo de atravesar este parque y pasear bajo sus árboles. Numerosos niños jugaban al fútbol revolcándose en un césped que, más tarde, les provocaría un insoportable picor en todo el cuerpo. Había gran cantidad de perros correteando bajo la atenta mirada de sus dueños, que charlaban entre sí. La gente disfrutaba de la tarde en el parque. Llegó por fin a la galería cuando aún faltaba mucho tiempo para que llegasen Joaquín y López; si alguien distinto a ellos dos hacía aparición, seguramente solo querría utilizar el lavabo. Elías puso música al azar en el ordenador y empezó a limpiar, algo voluntarioso, pues incluso barrió y fregó el patio de paredes de cal. A las ocho entraron por la puerta Joaquín y López.

-Elías, poco a poco te vas haciendo al bar, ¿eh?- dijo el rockero-. ¿Sabes qué viene ahora?

Elías sirvió dos jarras, y observe con alegría que cada vez las tiraba mejor. Llenó después un cuenco con frutos secos y golosinas. Aun no sabía quién era Joaquín y quién era López.

-Vaya, vaya... ¿Es por qué hoy me he afeitado o es que te gusto? -dijo el rockero.

Elías sonrió.

-¿Hace cuánto tiempo que no te sirven un cuenco como este?- pregunto el rockero al joven.

-Ni me acuerdo, macho... ¿quizás siete años?- contestó el joven-. Un día Alberto nos

dijo: “Muchachos, estas bolsas de golosinas y frutos secos no son precisamente baratas, así que a partir de ahora no os molestéis en pedir las”.

-Es cierto que ya nos habíamos convertido en clientes fijos -subrayó el rockero.

-Quizá Elías lleve a cabo una revolución tras la barra, ¡el Ché de los borrachos! -volvió a hablar el más joven y ambos prorrumpieron en una risa que apenas duró un segundo, siendo, más bien, protocolaria.

El bar comenzaba a llenarse, era sábado y por tanto el día con más afluencia de público. Elías notó las urgencias de ser el único camarero, el sudor le resbalaba por la cara. “Elí, Elí” le gritaban desde casi todos los lados. A las doce y media los clientes más espabilados, al conocer que Alberto no acudiría hoy, comenzaron a presionar insistentemente a Elías para que dejara fumar dentro del bar. Elías miró a Joaquín y López sin saber qué hacer, después el más joven se levantó de su taburete.

-¡Eh muchachos! Esperad un poco, sabéis que aún no se puede; ¡no os aprovechéis cabrones! -gritó, y cesaron las insistencias.

Por fin, a la una y media, tras una señal del joven, Elías gritó.

-¡Se puede fumar!

Se escucharon brindis y vítores. A las cinco y media Elías se encontraba exhausto, en el bar quedaban pocas personas. Decidió abrir la solitaria ventana para que el humo, poco a poco, escapase. Ya nadie pedía, así que pensó adelantar la limpieza. Pasada la media hora ya solo quedaban Joaquín, López y otra clienta habitual. Joaquín y López se levantaron.

-Elías, nos vemos el martes- dijo el rockero. El joven se despidió con un movimiento de mano.

-Eh...Sí...- contestó Elías, aunque a él no le tocaba venir los martes.

Ambos se marcharon y en el bar únicamente quedaban Elías y la mujer.

-Elías -le reclamó la mujer, pues éste se encontraba de espaldas barriendo-. ¿Me sirves una copa o lo hago yo? Así puedes terminar...

-Mm...Sírvetela tú. Gracias- contestó Elías. Intuyó que no era un mecanismo para no pagar la copa, sino que verdaderamente quería que Elías terminase. Luego supo por qué.

Durante cinco minutos más siguió barriendo de espaldas a la mujer, mientras la escuchaba dando sorbos y haciendo sonar los hielos. Cuando arrinconó toda la basura se giró y vio a la mujer sentada en un taburete bebiendo, y una jarra de cerveza llena reposando en la barra.

-No sé qué te gusta beber, he apostado por lo que nunca falla en un hombre- dijo la mujer haciendo un gesto a Elías para que cogiese la cerveza-. Por cierto, soy Lulú. No, claro que no es mi nombre, pero me han llamado así desde que tenía dieciséis años; y si no fuera porque para hacer cualquier cosa hay papeleo, no me acordaría del que me pusieron mis padres...

Elías cogió la cerveza y se acomodó en un taburete. El mote de Lulú encajaba perfectamente con su apariencia física: era menuda, aunque tenía un bonito cuerpo; vestía con un pantalón vaquero ajustado y una camiseta que dejaba al aire su vientre. Tenía unos labios carnosos, pómulos marcados y su pelo rubio le llegaba hasta el final de la espalda. Aunque Lulú se encontraba en las puertas de la madurez -seguramente sobrepasaba la treintena-, intentaba parecer por todos los medios una adolescente, lo que conseguía sobradamente.

-¿Cómo es que has decidido trabajar aquí? -prosiguió Lulú-. ¿No hay mil bares mejores, donde ganarías el triple?

-Estoy bien aquí- contestó Elías.

La parca respuesta del chico sorprendió a Lulú, que esbozó la aflicción en su rostro.

-Mmmm... bueno, también para ahorrar un poco, para marcharme a otro ciudad, imagino -rectificó Elías.

-Claro, claro; ya decía yo que era raro, pero veo que tienes las mismas ilusiones...

Elías permaneció en silencio un instante.

-¿Qué quieres decir con que tengo las mismas ilusiones? Si yo no he hablado contigo antes, ¿o sí? -respondió finalmente Elías.

-No, claro que no -dijo Lulú riendo-, hablaba en general de las ilusiones que tenéis los jóvenes, de marcharos por ahí y esas cosas.

-Ahh...

-Oye, que para mí es mejor, ¡eh! Un camarero joven resta edad a la media -dijo con tono pícaro Lulú.

-Tú pareces joven -apuntó Elías.

-¿Ah sí? -Elías asintió- ¡Muchas gracias!

Lulú había posado su mano en el muslo de Elías y lo acariciaba de vez en cuando.

En la cara de la mujer se había dibujado una amplia sonrisa, mostrando sus blancos y

pequeños dientes. Dio un trago para acabar la copa. Se acercó a Elías y comenzó a besarle. Al principio, la acción de Lulú paralizó a Elías, pero tras un momento reaccionó, intentando dar respuesta al ímpetu de Lulú, besándola también. Sintió sus labios, su carmín, su lengua húmeda. Pero, pasados unos instantes, Elías notó que el aliento de Lulú se desvanecía, después lo hacían sus dientes y su lengua, y por último sus labios. Al cabo de un rato, Elías se aburrió de hacer movimientos con su boca en un completo vacío y se separó de Lulú. Continuó en el taburete bebiendo la cerveza. Lulú se sentó en el suyo, mientras miraba perpleja a Elías. Aguantó estoicamente el rechazo del chico, volvió a sonreír y lanzó otra acometida, volviendo a besar a Elías. La boca de éste se encontró de nuevo en el vacío, pero esta vez no hizo movimientos. Entonces comenzó a besar su cuello y a respirar profusamente. Lulú se separó del chico para deshacerse de sus pantalones, bajó los de Elías hasta las rodillas sin ayuda de éste y se subió encima de él. Lulú gimió.

Se movía agitada encima de Elías y respiraba con violencia. Pasado un rato, éste dejó de sentir a Lulú y la presión de su cuerpo, de escuchar sus gemidos; incluso la respiración desapareció a los oídos del chico.

No sabiendo cuánto tiempo había pasado, cuando ella se levantó para ponerse el pantalón que estaba tirado en el suelo, le dijo lamentandose:

-Eh Lulú... lo siento de verás... hoy me encontraba muy cansado, quizá otro día.

Lulú sonrió y se acercó a él.

-¿Por qué dices eso? -Dijo mientras le acariciaba la cara-. Ha sido genial. Todo lo que has aguantado tú no lo aguanta cualquiera; y cree lo que te digo, que aunque parezca jovencita no lo soy tanto.

Tras haber dicho esto, besó la mejilla del chico y salió de la galería. Elías dio el último trago de la cerveza, se levantó, y, tras subir sus pantalones, fue hacia la caja para contar el dinero que se había hecho. Aquella noche contó algo más que el día anterior, así que guardó treinta euros en su bolsillo. Aún le quedaba limpiar los vasos, sin embargo, pensó que sus padres habrían echado la llave y decidió dormir en la galería hasta por la mañana; cuando despertase terminaría de limpiar. Apagó el ordenador, que seguía reproduciendo música hasta ese momento. Cerró la galería por dentro y la ventana, apagó las luces y se acomodó en la zona de las mesas donde no había sillas, sino amplios asientos contiguos a la pared. Tenían una cubierta blanda que resultaba cómoda.

La oscuridad sempiterna del bar prolongó el sueño de Elías; despertó cerca de las tres del mediodía, había descansado bien y en una hora terminó lo que quedó pendiente de la noche anterior. Salió del bar a las cuatro de la tarde, el calor era sofocante. Elías hizo un alto en el primer bar que vio para tomarse un café y esperar a que pasase aquella hora fatídica. El bar era pequeño y mugriento, el camarero era un hombre de unos sesenta años, canoso y de avara apariencia. La oscuridad del bar rivalizaba con la de "La Galería". Se acercó a la barra.

-¿Qué quieres? -dijo el camarero en un tono que dejaba entrever hostilidad.

-Un café solo con hielo, por favor -contestó el chico.

El camarero miró torvo a Elías y colocó un vaso en la máquina de cafés.

-¿De dónde eres muchacho? -preguntó el camarero

-De aquí -contestó.

- ¿Y por qué entras en este bar entonces si eres de Mérida? -preguntaron dos viejos que se encontraban en una mesa- los únicos clientes- entre sonoras carcajadas.

El camarero se contagié de la risa de los viejos. Elías, extrañado, rio también. El camarero vertió la leche en el café y se lo sirvió a Elías. Sus ojos azules, casi grisáceos, impresionaron al chico. Elías asió el café y fue a sentarse en una de las mesas, echó el azúcar y esperó hasta que el hielo enfriara ligeramente el café, que aún ardía. Miraba la televisión, estaba en el canal autonómico; las noticias eran realmente aburridas. Aun así, esas noticias constituían el único entretenimiento para un chico que tenía pensado pasar alrededor de una hora en un bar, consumiendo únicamente un café.

Cuando dieron las cinco y diez Elías decidió que era el momento de pagar y marcharse. Así lo hizo.

Capítulo 6

Llegando a la Plaza de España Elías escuchó un vocerío estrepitoso que parecía proceder de una marabunta. Tenía lugar en ella una manifestación. Había un gran número de personas de cara al ayuntamiento, mientras gritaban consignas que resultaban familiares a Elías. Banderas con franjas de colores que también Elías conocía destacaban en lo alto. Se paró en el centro de la plaza, cercano a la fuente. El tumulto elevaba a los cielos una consigna bastante pegadiza; Elías conocía la cadencia pero no recordaba la letra. Quiso cantarla junto con el resto de personas, así que se concentró mentalmente en la letra tantas veces como fue necesario hasta haberla memorizado. Tras diez veces repitiéndose la letra en su cabeza, decidió que a la undécima la gritaría. Cuando la masa volvió al inicio de la consigna, Elías gritó, pero no escuchó su propia voz. Pensó, sin embargo, que sería consecuencia de la cantidad de voces distintas que gritaban a la vez. Cuando la masa de nuevo volvía al inicio del bucle, Elías se dispuso a gritar con todas sus

fuerzas, volviendo a no escucharse. Carraspeó tan fuerte que le lloraron los ojos y lo intentó una tercera vez, pero tan solo escuchaba a las personas de su alrededor. Su voz no se fundía en la armonía. Permaneció parado dos minutos más y se marchó por una de las salidas de la plaza. A la altura de la Iglesia de Santa María una voz llamó su atención.

-¡Eh, chico! ¿Puedes venir un momento? Queremos preguntarte algo.

Elías se giró, eran dos hombres altos y de fuerte apariencia. Su edad parecía estar cerca de la treintena. Se acercó a ellos.

-¿Si? -preguntó Elías.

-¿Vienes de la manifestación, chico? -dijo uno de ellos.

-No exactamente -contestó Elías-. Tenía que pasar por la plaza y me la he encontrado.

-Muy bien campeón -volvió a hablar el mismo-. Te vienes con nosotros.

El otro hombre le agarró con fuerza del brazo tirando de él para ponerlo en marcha. Elías supo que se trataba de policías secretas; caminaron unos metros hasta llegar hasta el coche, metieron a Elías en la parte trasera y arrancaron. Lo llevaron a Elías a la comisaría, que se encontraba en el barrio marginal de la ciudad; la establecieron allí para acabar, supuestamente, con el flujo de la droga, pero dicho mercado no debía cesar, ya que eso es algo que ni la policía podría permitirse.

Tras aparcar el coche, los policías sacaron a Elías con la misma ternura con la que lo habían metido. Una vez entraron en comisaría, y ya resguardados de las miradas públicas, Elías fue introducido a empellones en una celda. Imaginó que le colgarían cualquier acto que él no había cometido, que seguramente nadie cometió, para utilizarle de "cabeza de turco", como se hacía cuando se quería meter miedo. Aquello de un "aviso a navegantes". La celda estaba oscura y se encontraba solo, se acomodó, pues sabía que pasaría tiempo hasta que le llamasen.

Pasaron dos horas, cuando el tipo que le agarró del brazo abrió la celda y ordenó que le siguiera. Atravesó varios pasillos hasta llegar a una pequeña sala de interrogatorio. La sala estaba iluminada y, en una esquina, se encontraba el otro tipo. En su rostro se podía observar la inquina y mala baba que demostrara a continuación.

-Bien, Elías -dijo-. Una manera genial de pasar la tarde, participar en una manifestación ilegal, ¿verdad?

-No he participado -contestó Elías-. Únicamente atravesé la plaza y me he detenido cinco minutos, ni siquiera sabía que hoy había una manifestación.

-¿Cómo puedes demostrar tú eso? -le increpó ahora el que le agarró del brazo.

El de la esquina cogió una silla y la colocó cercana a la de Elías. Se sentó en ella, acercando su cara hasta la del muchacho casi rozándola. Elías se percató de cómo el policía había empezado a respirar adrede con una fuerza desmedida, pretendiendo intimidarle.

-Es algo que no puedo hacer -contestó Elías.

-¿Y si pudieras? -volvió a preguntar el que le agarró.

-Es algo que no podría hacer.

-¡Muy bien, muy bien, Elías! -exclamó el otro levantándose de la silla-. Has estado aquí alguna vez más, ¿verdad?; ¿Dónde estás organizado?

-En ningún sitio.

-¿Sabes lo que te puede pasar por participar en una manifestación ilegal? -dijo uno de ellos.

Elías no contestó.

-Bueno -prosiguió él mismo-. Ahora, cuando llegue el comisario, vamos a ver cuánta suerte tienes.

Permanecieron en silencio alrededor de diez minutos, hasta que entró por la puerta un hombre de unos cincuenta años. Tenía una expresión ruda, Y unas cejas pobladas que endurecían su mirada; se intuía que antaño fue un hombre fuerte, sin embargo, su edad avanzada propiciaba la decadencia de su físico. Miró a Elías y sonrió afablemente.

-Señor, este chico ha estado participando en una manifestación ilegal -dijo uno de los policías.

-¿Este chico? No lo creo... -contestó el comisario.

El comisario no había parado de mirar a Elías desde que había entrado, sonreía intensamente.

-Es cierto, señor -dijo el otro policía-. Le pillamos saliendo de Plaza de España.

-Pudo haberla simplemente atravesado, ¿verdad?- dijo dirigiéndose a Elías. Éste asintió.

-Dudo mucho señor, y perdóneme, que alguien que saliese de la plaza a esa hora no participase en la manifestación -al policía de la esquina le había cambiado el rostro, en él ya no se reflejaba inquina, sino la vulnerabilidad de un niño.

-Os diré algo muchachos y quiero que os calléis después. Os equivocáis -dejó de mirar a

Elías para dirigirse a los policías-. Este chico estaba atravesando la plaza, tan solo eso.

Los dos policías permanecieron callados, la dureza desapareció de ambos, la expresión pueril de sus rostros se acentuaba a cada segundo que pasaba. El silencio se adueñó de la sala durante un tiempo. El comisario paseaba de esquina a esquina, miraba a Elías a veces y sonreía, hasta que por fin decidió comenzar su monólogo.

-Hace ya unos siete años, una nave de la carretera de la charca fue ocupada, era una nave abandonada, que antes fue un taller. Los ocupas la rehabilitaron en pocas semanas con un ímpetu que daba la sensación de que cobraban por ello. Poco a poco empezaron a llegar a nuestras manos panfletos de actos que tendrían lugar en tal nave: proyecciones de películas, charlas de grupos radicales y una larga programación que sin duda atraería a gente, creando revuelo. Sin darnos cuenta, en Mérida estaba naciendo algo; así que decidimos conocer a los promotores de aquello. Ciertamente, vimos de todo, desde punkis que solo acudían a drogarse hasta padres de familia ecologistas con gafas de John Lennon. No había, por tanto, por qué preocuparse, aquella nave era solo una más, lo de siempre: un nido de vagos que se reúnen para pasar la tarde y hacerse pajas mentales. Sin embargo, a ese nido se acercaron unos muchachos con un ánimo distinto a esos vagos. Esos muchachos decían ser comunistas. Les dimos un poco de cancha, pensando que serían como esos rojetes que únicamente compran una bandera para hacerse alguna que otra foto con ella en las manifestaciones y que piden el voto para un partido que no conoce ni Dios. Pero sus ideas iban por otros derroteros, no hablaban de elecciones, defendían la violencia... Por dios, si hasta eran nostálgicos de la Unión Soviética. Cierto era que los chicos tenían claras las cosas. Su mensaje chocó a muchas personas que iban a la nave y los rechazaron, pero ganaron a otros tantos, sobre todo gente más joven. Organizaron una especie de célula y repartían octavillas en manifestaciones, en centros de trabajo. Lo que en esas octavillas se leía era distinto de todas las demás. Recuerdo una que decía algo así como que la huelga general de hace seis años fue una farsa, convocada por los sindicatos a modo de apagafuegos, para canalizar el cabreo de la gente. La huelga era de veinticuatro horas y ellos advertían -pues también eran chicos muy leídos- que una huelga general debía de ser indefinida hasta conseguir las mejoras. Pedían que los currantes se organizaran al margen de comisiones y de Ugt. Desde luego tenían razón, muchachos -decía ahora mientras daba la espalda a Elías y se dirigía únicamente a sus sabuesos-, esas huelgas las orquestan desde arriba cada cierto tiempo para que la cosa no se saliera de madre, algo así como soltar un poco de vapor para que la olla no explote. Incluso salían por las noches a hacer pintadas. Seguro que si os digo algunas de ellas os sonarán: “Libertad presos políticos”, “A la patronal, amonal”, “Obrero en paro, patrón colgado” o “Sindicatos vendeobreros”. Son solo unas pocas. Vigilamos algo más a los chavales, así descubrimos que su ideario coincidía con el de un partido comunista clandestino que tuvo mucha presencia en la transición, sobre todo en el norte. Ese partido tenía lazos con una organización que ejercía la lucha armada y la mayoría de sus militantes los metieron dentro. Era una época en la que no convenía que se escucharan tales ideas, así que nos los quitamos de encima, parte de la culpa también fue de ellos, que no quisieron abrazar la afamada reconciliación nacional -rió a carcajadas y los otros dos policías sonrieron-.

También descubrimos que tenían contactos en otra ciudad unos chicos con más experiencia, que les facilitaban de material y consejos sobre cómo actuar. Pero fue una noche cuando nos conocimos en persona, cuando quemasteis el contenedor, eh, Elías, ¿te acuerdas? Aquí mismo se sentó, aunque con otro ánimo distinto al que parece tiene ahora. Estaba nervioso, sí, pero también cabreado. Me acuerdo que repetía: “no tengo nada que decir”. Le di hasta una bofetada, templaba un poco, aunque intentaba mantenerse sereno; tras golpearle me miró a los ojos con un odio que ni os imagináis. Si soy sincero he de reconocer que hubo un momento en el que pensé: “Cómo más gente se les sume algún día, quizá consigan lo que pintan en las paredes”. No hubo cargos contra ellos, intuimos que fueron ellos, sabíamos que fueron ellos, pero no teníamos pruebas. Y no siempre es conveniente incriminar colocándolas, ¡recordad eso! ¡jehh, chicos!! - volvió a mirar a los dos policías-. Las personas tienen que creer que la justicia realmente les ampara. Una falsa creencia es tan válida como la más verdadera. Elías se marchó a la universidad y, además de conocer la fiesta, también conoció a muchas personas. En la otra ciudad se relacionó con la parte más radical de la izquierda, quienes pensaban como él, pero tenían un bagaje mucho más amplio. Actos políticos muy atrevidos tenían lugar cada día en la ciudad: charlas sobre los presos políticos, sobre la falsedad de la transición, la represión del Estado y demás tonterías... Y Elías estaba en todos. Mandamos vigilar a algunos de ellos, pensamos que no tardaríamos mucho tiempo en poder joderles. ¿Sabéis? Era conveniente no darles demasiada cuerda. Sus ideas son férreas y, aunque haya gente que las rechacé por radicales, cuando la cosa se ponga más jodida, quizás las recuerden. Intensificamos entonces la vigilancia. Recuerdo la conversación que tuve con algunos de los policías que se encargaban de ella, concretamente con uno que andaba pendiente de Elías. “Ese chico es listo, imagina que le vigilamos y se hace el distraído”, me dijo; “No os despistéis. Estarán preparando algo”, le advertí entonces. Pasó un mes hasta que volví a contactar con él. “Señor, es extraño, parece realmente distraído, dudo que este fingiendo. Cuando sale de casa únicamente camina, a veces entra en algunos sitios, pero sobre todo camina, como si fuera su función vital. Además, lo hace mirando al suelo, sin ver lo que tiene delante”. Pese a la información, seguimos vigilándole, eso sí, con menos tenacidad. Y era cierto, Elías no volvió a ver a sus camaradas, y si Elías en algún momento fingió estar distraído quedó claro que se acabó convirtiendo en un chico distraído. Cuando volvió a Mérida era más de lo mismo: caminar y caminar. ¿A dónde? Creo que eso no dependía ni siquiera de él- hizo una larga pausa-. Por eso os digo, muchachos, que este chico únicamente pasó por la manifestación porque tenía que cruzar la plaza, pues solo camina.

-Sí señor, tiene usted razón, ya nos dijo él que ni siquiera sabía que hubiera manifestación- contestó uno de los policías.

-Y estos dos brutos Elí- continuó el comisario- querían hacerme creer que estabas reivindicando algo. Anda, márchate muchacho, sabes cómo salir.

Elías se levantó y salió de la sala de interrogatorio; no recordaba el camino, pero no era laberíntico e intuyó la salida. Era ya de noche cuando salió, cerca de las diez. La marginalidad del barrio donde se encontraba la comisaria era más patente ahora que la oscuridad se había desarrollado: en la plaza varios niños intentaban hacer una hoguera en

el interior de un bidón, las pandillas de más edad ponían música en sus coches que retumbaba en las paredes, y los adultos gritaban e insultaban a las pandillas para que quitasen la música.

Elías anduvo cerca de una hora hasta llegar a casa, esta vez la llave no estaba echada. La casa estaba oscura. Se dirigió al cuarto de sus padres.

-¡Oye! Ya estoy aquí

La casa seguía en silencio.

-¡Eh! Acabo de llegar.

Nadie contestó. Sus padres estaban profundamente dormidos.

-Buenas noches- dijo esta vez en un volumen normal.

Elías fue hacia el salón para sentarse en la butaca y ver un poco la televisión hasta la llegada del sueño. Éste no tardó demasiado en llegar, apenas media hora. Decidió Elías entonces marcharse a la cama.

Capítulo 7

Un ruido despertó a Elías. Sus ojos se abrieron con violencia. Permaneció un instante escuchando el silencio en busca de la tranquilidad. Encendió la luz e hizo un primer reconocimiento de la habitación. Aparentemente todo estaba normal. Hizo un Segundo. Su mirada se clavó en la puerta, algo faltaba en ella, estaba desnuda. Efectivamente faltaba algo, la fotografía de Lauren Bacall yacía en el suelo boca abajo; Elías se levantó para volverla a colocar, limpió el rostro de Lauren, le quitó algunas pelusas que se habían adherido. Por un instante Elías quedó pensativo, extrañado, porque sabía que una fotografía al caer no genera un ruido como para despertar a una persona, sin embargo, él sintió su golpe con el suelo como una campanada en sus oídos. Volvió a pegarla y se acostó. “Bum”, apenas le hubo dado tiempo de cerrar los ojos cuando la fotografía se encontraba otra vez en el suelo. Esta vez el sonido fue incluso más intenso. Elías se levantó y la colocó otra vez. En esta ocasión permaneció de pie. Al cabo de un minuto la fotografía se despegó. Fue hasta el salón en busca de algún adhesivo pero no encontró nada. Los pedazos de cinta adhesiva que habían acompañado hasta el momento a la fotografía se encontraban algo manidos, apretó por tanto cada uno con todas sus fuerzas durante más

tiempo que los anteriores intentos. Cuando ya hubo acabado de pegar los cuatro trozos, abandonó la fotografía a su suerte, mientras caminaba hacia atrás sin perderla de vista. La fotografía se mantuvo, pero Elías, que aún no se fiaba, permaneció alrededor de cinco minutos de pie antes de volver a apagar la luz. Tras el tiempo que estimó correcto, y tras observar que la fotografía estaba en la puerta, se metió en la cama. Consiguió dormirse al poco tiempo.

Elías despertó sobresaltado en medio de la noche, atrapado en una extraña sensación que era nueva para él. Aunque no era un sentimiento -ya que precisamente le alejaba de todos ellos-, quizás no exista otra palabra más precisa. Elías sentía una tremenda distancia con respecto a todo, una distancia también en su inteligencia. Era consciente de todo: de su estancia en la cama, de sus padres en el otro cuarto, de su vida... Sin embargo, lo percibía todo tan lejano que su entendimiento no podía asir nada, como si ésta hubiera saltado a un vacío y no tuviera posibilidad de volver. Encendió la luz. “Oh mierda” pensó. La fotografía había vuelto a caerse. En Elías estaba creciendo un nerviosismo ante la incapacidad de colocar la foto. Buscó con más paciencia en todos los rincones de la casa cualquier resto de material adhesivo, pues ya los pedazos originarios estaban inservibles. Pero no tuvo fortuna. Elías se sentó al borde de la cama sin saber qué hacer, mientras su estado nervioso aumentaba. No podría dormir así. Recordó de forma súbita la imagen de un rollo de cinta adhesiva visto hace poco, aunque no precisó el lugar. “Vamos, vamos”, se decía a sí mismo, balanceándose en el borde de la cama. “Lo he visto en “La Galería”, lo he visto allí, seguro”, volvió a decirse al cabo de un rato; y saltó de la cama para vestirse, pues recordó que tenía las llaves. Cuando se colocó todas las prendas asió las llaves y la fotografía dispuesto a marcharse.

-Oye, me marchó -dijo Elías introduciendo con la cabeza en la habitación de sus padres.

Sus padres se hallaban profundamente dormidos.

-¡Oye...! -Esta vez habló en un tono más elevado.

-¿Qué... quieres... Eli? -contestó con somnolencia su padre.

-Que me marchó.

-¿A... dónde?

-A “La Galería”, tengo que ir...

Su padre no respondió al instante y permaneció un rato en silencio; Elías intuyó que estaba mirando la hora en el reloj que tenía en la mesilla.

-¿A esta hora? -preguntó.

-Sí, sí -contestó Elías. Las prisas aumentaban en él.

-Mmm... Vale, vale... Ten cuidado -respondió definitivamente su padre, volviéndose a dormir enseguida, pues Elías escuchó los ronquidos.

Elías salió de su casa. No sabía qué hora era, pero la calle estaba oscura y completamente vacía. El ritmo de Elías era mucho más elevado que de costumbre, y en pocos minutos estaba frente a la cancela de hierro. Metió la llave y la giró temeroso de haberse equivocado y no encontrar el rollo adhesivo. Abrió la segunda puerta, rodeó la barra con velocidad para penetrar en ella. Allí donde lo había recordado se encontraba el tan ansiado adhesivo. Respiró aliviado. Fue entonces a cerrar las puertas, que estaban abiertas de par en par. El nerviosismo poco a poco se disipaba y sobrevenía el cansancio, decidió no ir a su casa y dormir en allí. Recorrió el bar observándolo con tranquilidad, pensando cual sería el mejor emplazamiento para la fotografía. Una vez decidido, no escatimó en pedazos del rollo, tampoco en su longitud. Por fin, la actriz permanecía firme, y con la mirada parecía concederle el beneplácito para poder dormir. Así lo hizo, en el mismo lugar de la noche anterior, desde el cual tenía la visión completa de la fotografía sin tener que forzar la postura.

Cuando despertó el bar seguía a oscuras, abrió la ventana, y comenzó a entrar la luz intensa del día. Elías no miró la hora, compró algo de comida en el ultramarinos que estaba frente al bar y regresó a éste. Comía, volvía a dormirse, practicaba tirando cervezas, volvía a dormirse, ponía música, limpiaba las jarras que utilizaba, volvía a dormirse; y nada le impelió a ir a su casa. Prescindió hasta de la utilidad superficial del tiempo como simple medida, y bien pudo haber estado dormido cuando entraron por la puerta Joaquín y López. Intuyó, por tanto, que era martes. Sin embargo, no lo preguntó.

-Eli, qué bueno volverte a ver - dijo el rockero.

-Sobre todo detrás de la barra -apuntó el joven.

-¿Qué hay, muchachos? -preguntó Elías.

-Te traemos una sorpresita.

El rockero metió la mano en su bolsillo y sacó unos billetes agitándolos en lo alto.

-¡Clin, clin! -decía.

-Así limpiamos nuestras culpas.

Elías cogió el dinero de su mano y se dispuso a contarlo.

-¡Macho! ¿No te fías? -dijo el más joven sorprendido.

Elías dejó de contar el dinero y lo metió en la caja. Rompió la hoja donde estaban anotados.

-Inaugura una nueva ya sabes con qué.

Elías les sirvió las primeras dos cervezas del día. Confirmó que debía ser martes por la escasa afluencia de clientes, apenas tres más aparte de Joaquín y López. La jornada acabó y se marcharon. Elías contó el dinero y lo introdujo en la bolsa. Decidió dejar la limpieza para el día siguiente. Antes de dormir se acordó de Alberto, que no había aparecido.

A partir de entonces, fue tan solo un día la vida del chico, un día largo y dilatado en el que las horas de sueño no significaban nada, así como tampoco los despertares. Tan solo la entrada y salida de clientes. Parece ser que nadie sabía nada de Alberto, tampoco Elías tenía noticias de sus padres, ni de que le estuviesen buscando. Sin embargo, no existían remordimientos en Elías que le obligasen a salir del bar para ir a su casa y abandonar sus tareas.

Aquella noche debía ser fin de semana, pues la cantidad de gente era notablemente mayor que los días pasados. Elías despachaba con rapidez cuando entró Alberto.

-¡Eh gente, ahí está el jefe! -exclamó Elías.

Las personas que había en el bar le miraron, pero al segundo reanudaron sus quehaceres. Joaquín y López no mostraron más entusiasmo. A Elías le extrañó la reacción de la gente pero no le dio importancia.

-¡Alberto! ¿Dónde has estado? -dijo Elías cuando éste se acercó a la barra.

-Eli, muchacho, parece ser que el asunto se alargó más de la cuenta, ¿qué tal estos días? -contestó al chico.

-Bien, bien, sin problemas. Tengo ahí el dinero que se ha sacado.

-Estupendo muchacho, me alegra que te apañes.

Alberto permanecía al otro lado de la barra.

-¿Qué pasa Alberto? ¿No entras? -preguntó Elías.

-No, tengo que irme, aún tengo más asuntos, tantos asuntos Eli.... He venido para traerte esto. -Alberto entregó un sobre a Elías que parecía contener varios papeles, pues era grueso -Son algunos papeles que quizás necesites estos días que no voy a estar. Ábrelo cuando ya andes menos atareado.

-Bueno, Eli, muchacho, me voy.

-Vale, ya nos vemos cuando hayas zanjado lo que tengas que zanjar.

Intercambiado los papeles, se dieron la mano a través de la barra como hace unos cuantos

días, cuando Elías había visitado el bar. Alberto volvió a cubrir el saludo con la mano libre, esta vez con una inusitada ternura.

Alberto se dirigió a la puerta, antes de salir se giró mirando el bar. Entonces gritó con vigor:

-¡Ya se puede fumar!

Alberto miró a Elías y ambos se sonrieron. Por una vez Elías vio que la sonrisa de Alberto no era fingida, y que la vivacidad era real, incluso ocultaba cierta picardía.

La noche continuó en la galería y se sucedía de la misma forma que las anteriores.

-¡Eli, es ya la una y media!, ¿cuándo se va a poder fumar? -preguntó alguien a gritos.

-¡Sí, eso...! -secundaron unas cuantas voces.

Elías se sorprendió, pero era cierto que el ambiente del bar no estaba cargado de humo y la puerta plateada del patio se abría y cerraba constantemente.

-Hace un rato ya se podía, lo dij...

-¡Pues dilo macho! -le interrumpieron antes de que pudiese terminar-. ¡Qué estás empanao'!

En poco más de quince minutos el humo practicaba cualquier rincón del bar y el olor del tabaco se impregnaba hasta en los calcetines. La hora avanzaba y la gente iba marchándose poco a poco. Cuando por fin salieron Joaquín y López, y Elías contó el dinero, se dirigió con el sobre a los asientos donde dormía. Dentro del sobre había varios papeles y un juego de llaves. Elías sacó el papel que estaba colocado intencionalmente para que fuese leído primero. Era una carta.

“Querido Elías,

Las llaves corresponden al número cinco de la calle bellavista, ahí al lado del bar. No ha sido sencillo hacerles comprender a tus padres.

Ojala tú no te demores tanto en volver.

Un abrazo, muchacho. Tan solo espera.

Alberto

P.D: Yo no tuve a una Bacall.”

Elías leyó la carta con la naturalidad que se lee un recibo de la luz, como si la estuviera esperando. Así que no necesitó leerla una segunda vez para cerciorarse de tales palabras. El resto de las hojas eran los permisos y la propiedad del local, del piso de la calle bellavista, que estaban ahora a nombre de Elías, además de una serie de números de teléfonos correspondientes a proveedores. Elías se guardó las llaves del piso en el bolsillo, decidió ir a partir de mañana. Aún tenía el sobre y los papeles en la mano. Los guardó todos dentro de él y fue a dejar este último en la mesa. Al pasar el sobre por su campo visual vio que el reverso de éste estaba escrito. Había una frase.

“Para ti, Eli, puesto que ya no necesitas el tiempo”

Antes de marcharse a dormir, Elías fue hasta el servicio para mear. Cuando terminó, se observó detenidamente en el espejo, bajo la parpadeante bombilla del baño. Se preguntaba cuánto tiempo tardaría en fingir una sonrisa enérgica, tan bien como lo hacía Alberto.

El chico se marchó somnoliento del baño, para dormirse al instante, mientras le contemplaba, firme en la pared, el único vestigio....

Epílogo

Lejos de Mérida, los amigos de Elías caminaban de vuelta a casa tras una larga noche en la que el frenesí los acompañó a cada local que visitaron. La ebriedad acumulada de los jóvenes desaparecía al mismo ritmo que la oscuridad de la madrugada. El amanecer estaba próximo y la temperatura aumentaba, haciendo más intensa la influencia del sueño. Aun así, entre bostezo y bostezo, conversaban profusamente; quizás debido a la mística que rodeaba al tema en cuestión. La noticia de la súbita retirada del genial actor de teatro y cine Robert Lonback –quizás el mejor en el último medio siglo- corría como la pólvora. Desde luego, era la comidilla de medio mundo. Pues nadie entendía cómo la estrella –era una verdadera estrella- había decidido abandonar su profesión teniendo tan solo cuarenta años, y estando en la cumbre de su carrera. Es cierto que logró conseguir todos los premios habidos y por haber, pero aun así, entre la población no se comprendía esta inesperada decisión. Puesto que sus películas eran posteriores a los años noventa, los amigos de Elías admiraban profundamente a Robert Lonback.

-No acabo de entender por qué coño ha hecho eso.

-Se le habrá ido la olla.

-¿Tú crees?

-Seguro. Tú sabes lo excéntricos que son los actores y las vidas que llevan.

-¿Y no ha dicho nada más? ¿Solo que se retira?

-Bueno... ha hecho unas declaraciones, las he leído esta mañana aunque no recuerdo las palabras exactas... Espera que saqué el móvil y las busqué en un momento... Mira aquí está... Te leo: <El actor actualmente más codiciado de todo el mundo, ha dado la sorpresa del año en el mundo del cine al anunciar su retirada de manera indefinida. El germen de esta decisión parece encontrarse –según afirma también el propio actor- en la actuación de la obra “Hamlet”. En Londres, de hace tres noches. En ella, Robert Lonback quedó en blanco, “petrificado”, como afirman los allí presentes. Tras permanecer alrededor de un minuto en dicho estado, el actor huyó despavorido hacia los camerinos, con la consiguiente suspensión de la representación. El monto íntegro del precio de las entradas fue devuelto a los asistentes, y se dijeron las disculpas en nombre de la compañía y del actor. Lo que a priori pareció ser un ataque de pánico o miedo escénico nada tuvo que ver con ello. El actor se ha encargado de desmentirlo esta mañana, en unas extrañas y herméticas declaraciones: “Cuando decía mi texto, a la vez estaba escuchándome, no de la forma normal, simplemente sonora; sino como un espectador más, sentado en la butaca, que juzga mi actuación, mis palabras y gestos. Al punto sentí repugnancia por mis palabras, por mis gestos, me vi afectado, exagerado, como un actor pésimo; e, incapaz de verme como algo creíble, algo real. Mi personaje se esfumó por completo. Desaparecer del escenario era lo que debía hacer... Intenté probarme al día siguiente, ensayé con compañeros, pero la sensación aparecía con más crudeza. No creo poder crear más personajes ahora mismo. Lo mejor es alejarse por respeto del público” Pese a lo extraño de sus palabras, la decisión parece firme e irrevocable y parece, al menos por el momento, que el genial actor permanecerá al margen de la acción, en la penumbra perpetua de los bastidores. Ojalá algún día le volvamos a ver en pantalla.>

-Joder, sí que se le ha ido la olla.

Los amigos de Elías entraron en el portal y subieron pesadumbrosos las escaleras. Cuando cada uno estuvo en su cuarto, se tumbaron en la cama sin desvestirse. En una ciudad lejos de Mérida durmieron plácidamente hasta la tarde, pues eran conscientes de la existencia de más actores a los que acabarían admirando, o de que llegarían otros tan buenos como Robert Lanbock. Y si esto no fuera así, siempre tendrían la ilusión de que, un día, un día inesperado –incluso también para el propio Robert-, el genial actor volvería a creer en sus personajes.

FIN

Memoria Trabajo de fin de grado

I. Punto de partida y objetivos.

Más allá de la influencia de cualquier autor u obra, lo que desencadena la decisión de realizar una novela breve como esta, es la contemplación de la vida, mi papel en ella y, por tanto, mi visión del siglo XXI en occidente.

Pareciera que nuestra civilización avanza sin freno, sin control hasta algo absolutamente desconocido y que quizás no pueda comprender ni abarcar. Pero, ¿qué se pierde en el camino?

Es curioso cómo la globalización, consecuencia de un capitalismo desaforado, provoca fenómenos extrañamente contradictorios. Por un lado, la progresiva disipación de los propios valores culturales -en pos de un único valor que aglutine a todos- lleva a la falsa creencia del individualismo como solución a la pérdida de identidad. Por otro lado, observamos cómo dicho individualismo no se sustenta en algo real, y cómo esa desaforada búsqueda de la heterogeneidad es tan solo una consecuencia más de la globalización, de aquel valor homogéneo.

Las redes sociales –espejo fiel de la sociedad- dan cuenta de todo lo expuesto. El exceso de información, lejos de promover el espíritu crítico, crea confusión y caos. Los medios de comunicación orquestan las ideas de las cabezas pensantes como nunca antes lo habían hecho, la pérdida de sensibilidad se hace patente. Es la época de la falsa pluralidad, de las pasiones dictadas por terceros y de los destinos escritos.

Ser consciente de ello empuja al ser humano a dudar de todo lo que acontece en él: sus pasiones, sus motivaciones... No logra asir el origen en ellas y cada vez parecen ser menos de su propiedad. La pérdida de identidad se hace palpable y el desarraigo sobreviene en forma de soledad interior. Una soledad que poco tiene que ver con aquella romántica que insufla el desamor. Una soledad total, que deviene en lo extraño y no en la tristeza. Así se desprende del poema de Luis Cernuda:

<En soledad>

*En soledad. No se siente
el mundo, que un muro sella;
la lámpara abre su huella
sobre el diván indolente.
Acogida está la frente
al regazo del hastío.
¿Qué ausencia, qué desvarío
a la belleza hizo ajena?
Tu juventud nula, en pena
el blanco papel vacío.*

Se refiere Cernuda en este poema a una soledad en la que el mundo no se siente, en la que la belleza se vuelve ajena... Tal es el estado al que hago alusión. El mundo se presenta extraño y la distancia se abre entre él y el ser humano, así como también entre él y su propia raza.

El objetivo que me he propuesto al crear esta novela breve, que presento en estas páginas, es describir cómo es la relación de un joven con el mundo, cuando la construcción que este último representa en su conciencia se viene abajo. Intentar plasmar esa extrañeza del chico hacia su alrededor resultará primordial a la hora de contar su historia.

Elías es un joven común, ambicioso, con sueños y proyectos. No se diferencia en ningún modo de otros jóvenes. Sin embargo, por un instante, contempla el sinsentido del mundo, de una forma palpable. A partir de ese momento, como no puede ser de otra forma, sus mecanismos de actuación cambian.

Por otra parte, como hemos indicado más arriba, la influencia directa, para la confección de la trama, ha sido la propia contemplación y vivencias del autor. Sin embargo, existen autores y obras que a lo largo del tiempo han ayudado a orientar –al menos circunstancialmente– los derroteros de dicha contemplación. De ellos hablaré más adelante.

II) La novela corta. Características generales.

Tras la incorporación del término novela a nuestro idioma, el término novela corta aparecería posteriormente. La diferencia entre ambas modalidades narrativas se centraba, en un primer momento, en la extensión. Sin embargo, a lo largo del tiempo distintos escritores y teórico han optado por no limitar la diferencia entre una novela y una novela corta a la extensión, puesto que entran en juego algunas características más. Así, se han encontrado más afinidades entre el cuento y la novela corta, que entre esta última y la novela. Así lo

indica Baquero Goyanes en su obra *Qué es la novela y qué es el cuento*:

“La novela corta no es un cuento dilatado, es un cuento largo, cosa muy distinta, ya que la primera denominación se refiere a un aumento arbitrario y la segunda alude a un asunto para cuyo desarrollo no son necesarias digresiones, pero sí más palabras, más páginas.

La emoción estética proporcionada por la novela corta y por el cuento es de signo distinto a la entrañada en la novela. En el cuento y en la novela corta, la nota emocional es única y emitida de una sola vez, más o menos sostenida, según su extensión, pero, por decirlo así, indivisible.

La novela es un conjunto de notas emocionales que podríamos comparar con la sinfonía musical” (1988:60).

La novela corta se caracterizará por su brevedad, por la presencia de una trama principal que funcione como un todo. Y aunque también puedan existir subtramas, la importancia narrativa de éstas no se podrá equiparar en ningún caso a la de la principal. Esta brevedad provocará que la novela corta comparta una serie de denominadores comunes:

-La exposición, el nudo y el desenlace aparecerán muy juntos, resultando en muchos casos difícil determinar los límites de uno u otro.

-A diferencia de la novela, el número de personajes será menor y no llegarán a estar totalmente definidos.

-Lo mismo que ocurre con los personajes sucede también con los espacios y ambientes. La trama se desarrollará en pocos espacios y el autor no podrá perderse en descripciones detalladas de los mismos.

-Los diálogos de los personajes deberán servir a la intención que pretenda la novela, evitando utilizarlos como simple ornamento y que pierdan su finalidad.

-Será necesario narrar con precisión y economía de lenguaje.

Por esta serie de razones, la novela corta, así como el cuento, tendrá la necesidad de captar la atención del lector desde las primeras líneas. Además, mientras que de la novela se puede tener un recuerdo sesgado, el de la novela breve debe ser completo.

La novela corta está, actualmente, muy en boga. Las editoriales estimulan su publicación dado que el público medio prefiere este modelo narrativo por motivos como la falta de tiempo, las numerosas distracciones de la vida moderna... Sin embargo el nacimiento de la novela corta no es actual. En España concretamente debemos remontarnos al siglo de oro. Cuando se publicó *El Quijote* –considerada la primera novela moderna– se criticó la sátira porque no enseñaba valores ni a un héroe al que emular. Frente a esta crítica, Miguel de Cervantes escribió las *Novelas ejemplares* que pretendían enseñar algo. No obstante, el escritor no logró satisfacer a todo el mundo, puesto que trataban temas inmorales.

Estas *Novelas ejemplares* fueron el origen de lo que hoy conocemos como novela corta, desarrollándose bajo este modelo algunas de las obras más importantes de la literatura

universal: La metamorfosis de Franz Kafka, Las penas del joven Werther de Johann Wolfgang von Goethe, Memorias de subsuelo de Fiódor Dostoyevski, El principito de Antoine de Saint-Exupéry, El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde de Robert Louis Stevenson y El Extranjero de Albert Camus.

¿Por qué escribir una novela corta?

Dos motivos me han llevado a escribir una novela corta y no otro género narrativo. En primer lugar, mi escasa experiencia en el mundo de la escritura y el conocimiento de la complejidad de elaboración de una novela extensa, en donde abundan personajes, situaciones distintas, yuxtaposición de las mismas... La elaboración de una novela extensa sin previa incursión en el mundo de la literatura, podría haber resultado un trabajo excesivamente tedioso y frustrante, cuánto más para el lector si no se consigue lo que se pretende.

Por otro lado, la idea de la novela no podía desarrollarse en la fugacidad del cuento. De esta forma, la elección de novela corta, permite la extracción de unos momentos de la vida de Elías que funcionan como un único instante.

III) Influencias

La corriente de pensamiento existencialista ha influido en gran medida en la elaboración de la novela. El existencialismo busca el conocimiento de la realidad a través de la experiencia inmediata de la propia existencia. El ser humano individual crea el significado de la vida.

Dentro de la literatura universal existen autores en cuyas obras se encuentra presente en mayor o menor medida esta corriente filosófica. Entre dichos escritores destaca Franz Kafka y Albert Camus:

Franz Kafka

Actualmente la obra del genial escritor austro-húngaro es mundialmente conocida. En ella se refleja la impotencia del ser humano frente al mundo exterior. Su obra cumbre –o al menos la más conocida- La metamorfosis- es también una novela corta. Comienza así:

“Cuando Gregor Samsa se despertó una mañana de su inquieto, se encontró en la cama, convertido en un insecto gigante” (2011:17)

El personaje creado por Kafka reacciona ante el mundo con un sentimiento de rechazo. El desarraigo que sentía Kafka –actualmente conocido por todos- le lleva a sentirse un insecto, un bicho. ¿Qué puede existir que tenga menos identidad que un insecto? Para colmo, ni siquiera se menciona alguna especie. Es esta, por tanto, la forma en la que Kafka tiene de gritar que el mundo le deja fuera, que sus propios semejantes le dejan fuera. La cotidianeidad del primer párrafo nos transmite lo aleatorio del suceso, podría haber ocurrido cualquier mañana. Con esto Kafka consigue eliminar que el pensamiento busque una fuerza o ente que señale un culpable. Es una situación en la que no existen los culpables.

Con respecto a Albert Camus, la influencia del escritor francés es algo más notable, pese a no aceptar del todo su obra. En su libro *El extranjero* conocemos la historia de Meursault, un hombre cuya sencilla rutina se ve alterada ligeramente por la muerte de su madre. Meursault practica la indolencia diariamente, en todas sus acciones; su vida no se para, pero él no sabe por qué se mueve, ni trata de averiguarlo, no hierve en él ese deseo. La forma en la que Meursault comete el asesinato y los pensamientos que surgen en él al respecto dan buena cuenta de que el hombre, pese a no desarrollar afecciones, sentimientos o ambiciones, está capacitado para vivir; para estar en el mundo. En otras palabras, el hombre puede existir dentro de la negación de él mismo. Cabría mencionar también su ensayo de carácter filosófico, *El mito de Sísifo*. En él, Camus se distancia del existencialismo y plantea la noción de lo absurdo:

“Suele suceder que los decorados se derrumben. Levantarse, coger el tranvía, cuatro horas de oficina o de fábrica, la comida, el tranvía, cuatro horas de trabajo, la cena, el sueño y lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado con el mismo ritmo es una ruta que se sigue fácilmente durante la mayor parte del tiempo. Pero un día surge el "por qué" y todo comienza con esa lasitud teñida de asombro.”

“...nos encontramos con lo extraño: advertimos que el mundo es "espeso", entrevemos hasta qué punto una piedra nos es extraña e irreductible, con qué intensidad puede negarnos la naturaleza, un paisaje. En el fondo de toda belleza yace algo inhumano, y esas colinas, la dulzura del cielo, esos dibujos de árboles pierden, al cabo de un minuto, el sentido ilusorio con que los revestíamos y en adelante quedan más lejanos que un paraíso perdido.”

“También los hombres segregan lo inhumano. En ciertas horas de lucidez, el aspecto mecánico de sus gestos, su pantomima carente de sentido vuelven estúpido cuanto les rodea... Este malestar ante la inhumanidad del hombre mismo, esta caída incalculable ante la imagen de lo que somos, esta "náusea", como la llama un autor de nuestros días, es también lo absurdo.”
(2011:30,31)

La noción de lo absurdo planteada por Camus es realmente interesante. Sin embargo, más adelante, Camus propone la aceptación de lo absurdo y la vida dentro de la misma, algo que se antoja cuanto menos complicado. Ante la desolación que inevitablemente encierra el descubrimiento de lo absurdo, el escritor propone una extraña e injustificada actitud para permanecer en él.

Pero quizás lo mejor sea salir de lo absurdo y volver al engranaje del sinsentido. Esta salida nos conduce a otro autor, Dostoievski. Ilustrativa resulta la siguiente cita:

“De pronto vio a Sonia a su lado. Se había acercado en silencio y se había sentado junto a él. Era todavía temprano y el fresco matinal se dejaba sentir. Sonia llevaba su vieja y raída capa y su chal verde. Su cara, delgada y pálida, conservaba las huellas de su enfermedad. Sonrió al preso con expresión

amable y feliz y, como de costumbre, le tendió tímidamente la mano... De súbito, sin darse cuenta de lo que hacía y como impulsado por una fuerza misteriosa Raskolnikov se arrojó a los pies de la joven, se abrazó a sus rodillas y rompió a llorar. En el primer momento, Sonia se asustó. Mortalmente pálida, se puso en pie de un salto y le miró, temblorosa. Pero al punto lo comprendió todo y una felicidad infinita centelleó en sus ojos. Sonia se dio cuenta de que Rodia la amaba: sí, no había duda. La amaba con amor infinito. El instante tan largamente esperado había llegado...

¡Qué crueles sufrimientos, y también qué profunda felicidad, llenaría aquellos siete años! Raskolnikov estaba regenerado. Lo sabía, lo sentía en todo su ser. En cuanto a Sonia, sólo vivía para él.” (Dostoievski, 2006:411)

Parecía improbable que, tras compartir la monomanía de Raskolnikov durante un buen número de páginas, acabásemos viviendo su salvación, su retorno... Dostoievski nos muestra de esta manera cómo es posible la eliminación de ese sentimiento ajeno hacia el mundo a través del amor, de la fe incondicional en él. No todo está perdido.

Relacionemos este aspecto con la novela que presento como trabajo de fin de grado. Sirva de referente la siguiente cita:

“Se retiró, tras acabar el melón, y fue a tumbarse en la cama un rato, siendo el rostro de Lauren Bacall su última visión antes de cerrar los ojos, como debía ocurrir siempre”

Cuando Elías acaba siendo el único propietario de la Galería ha encontrado el hábitat necesario, pero la carta que recibe de Alberto hace pensar que él, al igual que el antiguo propietario, pueden retornar a los dictámenes de la vida. Cerrar la historia con un Elías que permaneciera para siempre perenne en el bar sería ahondar en el pesimismo.

De esta manera, en El gran desencanto, la fotografía de Lauren Bacall es la Sonia que hace a Raskolnikov volver a creer, solo que parece que Elías no es consciente de ello. Resulta ser el único nexo que tiene el chico con el decorado que se ha derrumbado.

Por último, la influencia de otros autores como Ernesto Sábato y su obra El túnel también ha resultado edificante en la elaboración.

IV) Estructura de la novela.

El gran desencanto sigue una estructura abierta y circular, coincidiendo la primera escena, donde se manifiestan los amigos de Elías, con la última, en la que también caminan de vuelta a casa mientras conversan.

Existe tan solo una única trama, una parte de la vida de Elías. En ningún momento dejamos de seguir al protagonista en sus quehaceres, pese a la aparición de otros personajes, a los que

percibimos solamente cuando se cruzan con él.

En un espacio breve de tiempo vemos linealmente cómo Elías avanza hacia una resolución de su actual condición. Dentro de él, el tiempo no existe, aunque la presencia de éste le viene dada por el exterior y por terceros, condicionándole los horarios de sus padres, los que le impone Alberto... La historia avanza hasta que el tiempo se acaba disipando por completo.

V) Técnicas y estilos ensayados.

La novela presenta un estilo realista, los diálogos tienen un registro coloquial y, en ciertas ocasiones, las descripciones poseen matices líricos. Como hemos visto en el espacio anterior, la utilización del tiempo como concepto resulta vital para la elaboración de la obra que presento en estas páginas.

Antes de comenzar a escribir, se me planteó la duda de qué narrador elegir. En esta historia, la subjetividad propia de un narrador en primera persona me habría dificultado su confección por dos motivos:

-Es común en una narración en primera persona la constante alusión de los sentimientos del protagonista, tanto como vehículo de desarrollo de la trama tanto como generador de un sentimiento empático respecto al personaje. Pero hay que recordar que Elías es un chico cuyas pasiones se han desmoronado, y cuyos sentimientos así como sus sentidos se merman progresivamente. Esto no significa en ninguno de los casos una aparición de sentimientos negativos. La representación de tal estado con un narrador en primera persona habría llevado a la utilización de métodos excesivamente explícitos, que resultarían bruscos.

-El estado de distancia de Elías frente al mundo, implica que el lector deba ver a Elías con esa misma distancia, sin llegar a conocer lo que ocurre dentro de él –aunque en ciertos momentos se concrete-. Que en ninguno de los casos empatice en exceso con la situación de Elías, y la contemple extraño, casi sin comprender qué le mueve a actuar así.

Por ese motivo tomé la decisión de elegir un narrador omnisciente. Sin embargo dicha elección también plantea una serie de problemas:

-La excesiva objetividad que pueda evitar que el lector entre en la novela, pues está tiene apenas cuarenta páginas.

-La presencia del autor en las narraciones, cuyas opiniones o puntos de vista subjetivos, pueden llegar a comprometer, en determinados casos, la objetividad del narrador omnisciente.

Pero, ¿cómo lograr constatar el estado de Elías dentro de esa objetividad?

Los personajes y los diálogos que Elías mantiene con ellos son fundamentales para este propósito. Las personas que rodean a Elías no tienen una implicación directa en la vida de éste, no modifican su conducta. Actúan como agentes que certifican o dan pistas sobre la situación de Elías, como si estos incluso supieran realmente la situación de Elías, casi una omnisciencia aplicada a los propios personajes. Frente a las extrañas situaciones y diálogos que mantiene Elías, éste, lejos de asombrarse y comenzar a pensar en la aparición de la locura, lo trata con naturalidad, como cualquier situación mecánica. Elías es informado por

los personajes de su sentimiento extraño con respeto al mundo.

La separación progresiva de Elías y sus padres no es fruto de un conflicto o de la hostilidad, se desarrolla de forma natural sin existir sentimientos negativos, de la misma forma que avanza la propia situación del protagonista. De esta manera se puede llegar a comprender que acepten la nueva situación de Elías, de la cual les informa Alberto.

Alberto contempla a Elías y reconoce su situación, él la ha vivido. Es, a partir de ese momento, una especie de guía implícito para el chico. Le descubre lo que será su hábitat. Elías recibe la carta de Alberto, no se sorprende, la espera. Alberto regresa a la vida, a su decorado, y lo hace por azar; cede el bar y su piso a Elías. Esto no demuestra en ningún caso que la situación de Alberto cambié por haber conocido la Elías, ni tampoco señalar a la “La Galería” como culpable de los cambios acontecidos, pues hemos de recordar que el estado de Elías es anterior a su primera visita al bar. Con la marcha injustificada de Alberto y la cesión de sus posesiones, además de la recepción de la noticia por parte de Elías como algo esperado, pretendo eliminar por completo un sentimiento empático mutuo. El despojamiento del mundo en la persona de Elías no admite tal sentimiento.

A lo largo de la historia vemos cómo incluso los estímulos primarios se merman en los sentidos de Elías. Esto nos conduce a la relación que el joven mantiene con los personajes femeninos y con la sexualidad –uno de los instintos primarios del humano-. Eliminado el componente mental que ésta posee, pierde el interés de Elías.

La obra se desarrolla en la ciudad de Mérida, de ella se dice que es una ciudad apática. Todos los personajes se sienten extrañados ante la permanencia de Elías en ella y así se lo comunica. Para conseguir la normalidad con el resto de personajes, Elías, finge seguir teniendo sus ambiciones, sus pasiones...

Sin embargo, pese a ser Mérida una ciudad donde reina el aburrimiento, una ciudad en la que parecer no haber nada que hacer, no resulta suficiente esta condición para el nuevo Elías; los ritmos de la vida siguen apareciendo.

Surge en la obra el espacio clave de “La Galería”. Tras despertar en el parque, Elías comienza a caminar sin rumbo por las calles de la ciudad. De forma aleatoria se dirige al bar, después de bastante tiempo sin ir. Tras una primera visita Elías comenta a sus padres que ha conseguido trabajo allí, adelantándose a los hechos. Algo le impele a Elías visitar “La Galería”.

Por otra parte el bar simboliza dentro de la obra el lugar donde el tiempo no existe, la nada dentro del mundo. Entiende que debe permanecer allí y esperar, como bien le aconseja Alberto.

Llegados a este punto cabría preguntarse qué sentido tiene para Elías la vida, ahora que ya ha huido de ella casi por completo.

Existe una relación inefable entre el protagonista y la fotografía de Lauren Bacall.

“Sin embargo, no podía apartar la vista de aquella mujer, y él no hubiese sido capaz de explicar a nadie por qué; y quizás esa fuese la explicación.”

Como hemos mencionado anteriormente, la contemplación de la actriz es el único lazo que aún conserva el protagonista con la emoción, la pasión, el sentimiento del amor, por ser entre todos el más puro, en cuya fe reside por ello la esperanza de un posible retorno.

En definitiva el no entender y no poder explicar Elías el sentimiento que le une a la fotografía es la clave de que el mismo no se venga abajo, como otro decorado más. Que el pensamiento no realice inferencias en la sensación de Elías al observar la fotografía es lo que asegura su permanencia.

VI) Dificultades y soluciones

La primera pregunta que me hice al decidir que escribiría una novela breve fue la siguiente: ¿sobre qué escribir? En un principio me vinieron a la memoria anécdotas de mi vida, en las cuales había existido esa sensación de extrañamiento frente al mundo. Así decidí recopilarlas bajo una historia común. Sin embargo, observé que apenas existía cohesión en la obra y que tampoco parecía dirigirse a alguna parte. En resumen, lo primero que escribí fue una simple recopilación de vivencias relacionadas de una forma coherente. Descarté, por tanto, esta opción.

Sin embargo, no conseguía desprenderme de la idea de escribir sobre la sensación anteriormente mencionada. Imaginé entonces cómo evolucionaría una persona en la que tal extrañamiento se instalara de forma perenne. A diferencia del protagonista de *El extranjero*, opté por un personaje joven, con energía, ambiciones y sueños, cuya rutina no fuese tediosa de por sí.

Otro problema que se presentó fue la dificultad que entrañaba el hecho de intentar transmitir lo que pretendía en una extensión breve. Para ello recurrí a situaciones poco comunes y en ocasiones surrealistas, conociendo el riesgo de que resultasen forzadas o poco acertadas.

Me pregunté acerca de cómo expresar la sensación de extrañeza y la progresiva disminución de las pasiones utilizando un narrador omnisciente. Como mencione anteriormente, me serví de los diálogos y de los personajes para tal propósito.

VII) Conclusiones

Cuando tuve que decidir la modalidad que presentaría para el Trabajo de Fin de Grado, mi afición a la literatura me empujó a realizar una novela breve. En este punto se me plantearon dos problemas, que al confluír dificultaban la creación de la obra, así como el objetivo propuesto en la misma. El primero de ellos era la complejidad del tema elegido y, el segundo, la inexperiencia del autor respecto a la creación de obras literarias. Esto último afectaba también a la cuestión formal de la novela.

Pese a estas limitaciones, la experiencia de escribir una novela ha resultado gratificante y enriquecedora. He conseguido en ciertos momentos de la trama penetrar en la historia, haciendo más liviano el aspecto mecánico que resulta tras la ardua tarea de escribir. Por ello, también he disfrutado.

Existen una serie de objetivos que me propuse al comenzar a escribir la novela, unos los cumplí y otros no alcanzaron los límites que esperaba. Entre los primeros, pueden mencionarse los siguientes:

- Plasmar el sentimiento de extrañeza que siente el personaje central con respecto al mundo.
- Dotar de coherencia a la historia y los personajes que aparecen dentro de ella.
- Generar en ciertos momentos tensión e intriga.

Por último, pienso que quizás la novela hubiera necesitado ser más extensa. Sin embargo, en la balanza pesan más los objetivos conseguidos que los que no pudieron lograrse, por lo cual, lejos de hacerme caer en el desánimo me anima a continuar escribiendo.

Bibliografía

Franz Kafka (2011) La metamorfosis. España, Alianza Editorial.

Albert Camus (2012) El extranjero. España, Alianza Editorial.

Albert Camus (2004) El mito de Sísifo. España, Alianza Editorial.

Fiodor Dostoievski (2006), Crimen y castigo. España, Cátedra.

Mario Vaquero Goyanes (1988) Qué es la novela, qué es el cuento. España, Universidad de Murcia.

<http://www.javeriana.edu.co/documents/16817/859455/Novela+Corta/e585bc78-1df2-4970-bc84-8899c78cd2e0>

Luis Cernuda, (2007) Antología poética. España, S.L.U Espasa Libros.

Mariano José Vázquez Alonso, (2014) La novela corta y el relato breve. Ma non troppo.